

SEÑOR de la GUERRA

PETER KAPRA

PETER KAPRA

Señor de la guerra

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: C. PRUNÉS

Primera edición: Junio 1972

Depósito legal: B. 17.502 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

En la ciudad de Ur, Sumeria, siglo V antes de J.C., reinando Haasch-anni-pad, Señor de Elam, Uruk, Lagasch y Susa, por la gracia de Arspaal, Mensajero del Cielo.

¡

CAPÍTULO PRIMERO

EL PASTOR KOBAR

«Ningabul» se había mostrado propicio aquel año y el Éufrates bajaba crecido, cubriendo casi los canales de piedra que regaban los campos próximos a la ciudad.

En la colina, un hombre joven, mal vestido, casi andrajoso y con una capucha, miraba con nostalgia hacia los distantes muros de Ur, la población más importante de los sumerios, donde siglos más tarde sería acogido el bíblico Abraham, elegido de Yahvé.

El joven se apoyaba en un cayado nudoso. Veinte o treinta ovejas ramoneaban la hierba a su alrededor. La tierra era ubérrima entonces, fértil, gracias al favor de «Ningabul», dios de las lluvias y las nubes.

Kobar, el pastor, estaba triste a pesar de ello. Se lamentaba en #su soledad de su aciago destino, de su penuria. Él no era de aquellas tierras, sino de la región de Susa, del este. Siendo más joven, mientras pastaba el rebaño de su padre, llegaron los soldados de Baar-gibi y se apoderaron de él y su rebaño. Le encadenaron, después de azotarlo, y se lo llevaron.

Perdió familia, rebaño, libertad y enseñanza. Era hijo de un pastor acaudalado, de la tribu de los elamitas, y un viejo escriba, al que los hititas cortaron las manos, le había enseñado a manejar el punzón y la tablilla de barro.

¡Kobar había aprendido muchos signos de los dioses!

Nostálgicamente, evocaba aquellos tiempos ya lejanos. Recordaba con tristeza al manco Bamahan, cuyos muñones, cubiertos con trapos sucios, le sostenían la mano que imprimían en el barro blando los signos cuneiformes.

Los hititas no le cortaron la lengua al escriba y, gracias a esto, el sentido misterioso y secreto de los signos pasó al joven, que ahora recordaba los años pasados.

Él hubiese podido ser gran señor o sacerdote sagrado allá, en Susa o en Ur, pasar ante la rutilante guardia del rey, y formar parte de los consejos de éste. Por eso, su padre había sacrificado toros y cameros a los dioses.

Pero llegaron los desalmados guerreros de Baar-gibi y, desde aquel instante, las desdichas cayeron sobre Kobar, que no había cumplido aún los dieciocho años. Y durante tres de ellos permaneció cautivo. Trabajó en la construcción de un templo, a orillas del

Éufrates, donde cayó enfermo. Un mercader lo compró a cambio de dos medidas de trigo, creyendo hacer un mal negocio porque Kobar apenas si se mantenía de pie.

Pero una esclava del mercader y sierva de la hija de éste, se compadeció de él y le cuidó en secreto, hasta que se repuso. Entonces, el mercader le tomó afecto y se lo llevó consigo en un viaje. Fueron asaltados por ladrones y muerto el mercader. A Kobar lo dejaron en libertad, sin más alimentos que unos dátiles y un odre de agua casi vacío.

El destino de Kobar, que debía estar escrito en las estrellas con letras de oro y fuego, le salvó de nuevo. Regresó a Ur, se presentó a la hija del mercader muerto, Isas-navana, y le explicó lo ocurrido.

En correspondencia a su lealtad, la muchacha concedió a Kobar la libertad y le regaló telas, pieles y unas cuantas joyas, más o menos valiosas; con el importe de todo ello, Kobar adquirió un rebaño propio.

Isas-navana se casó con un arquero del rey, llamado Jamet-do, quien, gracias a la dote de ella, ascendió pronto a jefe de carros de lanceros. Kobar conocía ya a Jamet-do, quien le propuso ingresar en la tropa del rey Haasch-anni-pad, como hondero.

— Si te distingues en la guerra, serás ascendido pronto. Tú eres joven y, con algunos botines, podrías llegar a jefe.

Kobar, nacido para Señor de la Guerra, rehusó.

A nadie había dicho jamás que anhelaba ser escriba y conocer los secretos del cielo y de la tierra. Odiaba la guerra y amaba la paz. Por eso, el destino le burló.

Mientras, seguía siendo pastor.

Aquellos eran tiempos muy revueltos. En la corte de Ur había inquietud y desasosiego y no en vano, Haasch-anni-pad, el joven rey, trataba de reclutar gente aguerrida para su ejército.

Llegaban amenazas desde Akkad. El rey Asur-na-baal había hecho decapitar a tres enviados del rey de Ur, por cuestiones de viejas rencillas, desenterradas por consejeros ambiciosos. Alguien avisó a Haasch-anni-pad y sus guerreros fueron enviados a obtener noticias.

La guerra era inevitable. Lo había sido desde los oscuros tiempos del pasado, mucho antes de que las aguas cubrieran la tierra, aniquilando a todos sus moradores, excepto a Noé, de quien la leyenda decía que se salvó en una barca.

Pero Kobar, el pastor, ignoraba que su rebaño corriera peligro. Nadie, ni siquiera los criados de Isas-navana, le advirtieron. Y él, en la colina, contemplaba la ciudad amurallada todos los días, con la nostálgica tristeza de los burlados por la diosa «Innana».

Sin embargo, lo que estaba escrito se cumplió.

Aquella noche, Kobar vio la «serpiente de fuego» en el cielo y

quedó maravillado del poder misterioso de los dioses, de quienes le había hablado el manco Bamahan.

Durante toda la noche, envuelto en su manta en el aprisco, Kobar estuvo pensando en la luz. Le habían dicho que los dioses eran muy fugaces y que se deslizaban entre las estrellas en lo que se guiña un ojo.

Él jamás había visto un dios. Dudaba incluso que existieran, aunque Bamahan había jurado y perjurado que existían, porque las tablillas lo decían.

Pero no acabó aquí todo. Cuando al fin logró dormirse, tuvo sueños inquietantes y extraños, en los que creyó ver a Isas-navana inclinada ante él, besándole los flecos de su manto de raso azul y oro... ¡Y él, Kobar el pastor, lucía una especie de corona o diadema real!

Le despertó un rugido ensordecedor. Kobar se levantó de un salto. Las ovejas balaban asustadas. Algo estaba ocurriendo en la barranca, a menos de doscientos metros, porque una extraña luminosidad surgía de la depresión del terreno.

El rugido cesó casi en el acto. Luego, la luz se fue apagando. Más en el pecho de Kobar anidaba ya el miedo y la superstición. No dejó solo el rebaño. Era cuanto poseía, su vida y su porvenir.

Por esto, se mezcló entre las ovejas, tratando de calmarlas. Le importaban más aquellos indefensos y asustados animales que su propio miedo. Mas no lo logró y las ovejas más inquietas escaparon del aprisco y se lanzaron entre las piedras y las zarzas, ladera arriba.

Kobar las llamó a gritos. No podía perseguirlas por temor a perder las restantes. Y se maldijo una y diez veces, lamentándose de sus desdichas.

Se hallaba en esta amarga situación, sin saber a qué dios implorar, cuando se volvió a mirar hacia la barranca, en cuyo interior se había producido el estruendoso ruido que tanta alarma causara a su ganado.

Sus ojos se agrandaron extraordinariamente al ver una luz intensa, en forma de foco, que se movía en la noche, oscilando a derecha e izquierda, ¡y avanzando hacia donde él se encontraba!

Kobar cayó de rodillas, aterrado.

La luz siguió avanzando. Se había situado a unos dos metros de altura. Era cegadora, blanca, brillante. Kobar podía verla incluso con los ojos cerrados.

—¡Piedad, Señor de las Fuerzas ocultas de la noche! ¡Compadécete de los sufrimientos de tu siervo! ¡Yo sacrificaré mi escaso rebaño, si es preciso, para apaciguarte!

Entonces, la luz se detuvo.

Kobar temblaba, con la cara aplastada contra el suelo. Detrás de

él, las ovejas debían estar tanto o más asustadas, porque hasta habían dejado de balar.

Y la «Voz» llegó hasta el atribulado pastor, diciendo, en lengua sumeria:

—No temas, hombre. No pienso causarte daño ni a ti ni a tus ovejas. Levántate.

Kobar no se atrevió a obedecer. Aquella luz parlante sólo podía ser obra de magos o hechiceros. Si la miraba, podía cegar o caer fulminado si se movía.

—¿No me has oído? Sé que me comprendes, aunque no hablo tu lengua. En la barca del cielo hay un modulador fonético que traduce mis palabras a tu idioma. Levántate y no tengas miedo. No te causaré daño, te he dicho.

Kobar captó cierta dulzura en el tono de voz de la luz. Y por eso, tímidamente, alzó la cabeza. La «Voz» debió comprender sus temores, porque añadió:

— ¿Te deslumbra la luz? La amortiguaré.

Efectivamente, la luz del foco disminuyó su intensidad, quedándose reducido a un débil resplandor, gracias al cual pudo ver Kobar una extraña figura ante él, que llevaba un casco, de cuya parte superior surgía el foco luminoso.

Las ropas de aquel individuo eran muy extrañas. Kobar no había visto jamás nada igual, ni siquiera en las figuras de cerámica policromada que cubrían los muros de ladrillo del templo de Nannar o el palacio de Ur-Nammu. Eran como blancas o plateadas, cerradas desde el cuello hasta las extremidades, pero estaban cubiertas de tubos metálicos y flexibles, de placas oscuras, de un disco con algo así como piedras preciosas incrustadas en él. Llevaba una caja de lapislázuli alargada, en el costado derecho, sujeta a un ancho cinto de metal gris y brillante, y en la mano izquierda, enguantada, sostenía un objeto singular, de tejido metálico en forma de esfera, con un hilo o cordón negro que terminaba en un botón de su cintura.

También se fijó Kobar en las botas de aquel extraño e inquietante ser, que no estaban abrochadas con tiras de cuero, sino que una cinta plateada subía desde la punta hasta más arriba del tobillo, donde se unía al tejido blanco que cubría sus piernas.

Y también creyó ver un rostro, detrás de la pantalla que protegía la esfera de cristal de su cabeza. Y unos ojos, de mirar compasivo y dulce, le miraban. Su boca sonreía. No era, pues, un engendro maléfico, sino un extranjero.

—¿Cómo te llamas, pastor?

—Kobar, mi señor.

—¿Te ha asustado el ruido de mi barca del cielo?

—Sí… Ha sido un ruido muy fuerte — se atrevió a decir Kobar.

—El aire vibra, Kobar.

¿Qué quería decir aquel ser misterioso con tales palabras?

—En la Luna, de donde vengo, no hay aire. Allí, la nave celeste no hace ruido. Pero tampoco hay nadie para herir sus tímpanos. Levántate, Kobar. Quiero ser amistoso y cordial contigo.

Aunque irreal, fantástica y sobrenatural, la figura de aquel ser inspiró confianza a Kobar, quien se levantó, al fin, quedando algo inclinado ante el otro.

—¿Qué ciudad es ésa que hay junto al río, Kobar?

—Se llama Ur, mi señor. Allí viví algún tiempo, como esclavo.

—¿Hay esclavos aquí?

—Sí, muchos.

—Eso me contraría. El hombre no ha nacido para ser esclavo de nadie, y menos de un hermano de raza. ¿Quién permite esas injusticias?

—Es la ley, mi señor. Los señores de la guerra, los sumos sacerdotes y los mercaderes proponen la ley al soberano y éste la aprueba, después de haberse reunido con los escribas.

—¿Quién es el rey de Ur?

—Es el poderoso Haasch-anni-pad, rey de Ur, señor de Elam, Uruk, Lagasch y Susa.

—Pues no es un rey justo, si permite que sus súbditos sean esclavos de otros súbditos.

—Los esclavos pertenecen a hombres ricos, mi señor.

El extranjero de la luz encima de la cabeza sacudió ésta y repuso:

—¡Nadie debe ser esclavo de nadie, y menos por diferencias sociales! ¡El dinero no debe servir para comprar conciencias! ¡El que desee que otros trabajen para él, debe pagar el esfuerzo!

—No os comprendo, mi señor. ¿Quién sois? ¿De dónde habéis venido? ¿Es cierto que procedéis de la Luna?

El que adquiría aspecto de dios en la mente de Kobar, replicó:

—Vengo de la Luna, pero no procedo de allá. Nací en un lejano mundo de los inmensos espacios estelares. Mi nombre, traducido a vuestra lengua, suena como Berler-Arspaal. He sido enviado por quien está sobre mí, para conocer este mundo. Luego, volveré a informar a mis jefes.

»Desde arriba, vi pueblos y ciudades y me pareció que ésta era la población más importante de todas. Por ello he venido. Aquí puedo saber todo cuanto ocurre en este planeta. Hablaré con el rey Haasch-anni-pad y le pediré, a cambio de mi ayuda, que redima a los esclavos y los libere.

—¡Oh, mi señor; eso no puede hacerlo el rey! — exclamó Kobar.

—¿No? ¿Por qué? ¿No es el que manda?

—Si hiciera tal cosa, los grandes señores se rebelarían contra él.

—Entonces, me has mentido, Kobar. Eso no está bien. Debiste decirme que gobernaban los grandes señores y no el rey.

—Creo que no me habéis comprendido, mi señor. El poderoso Haasch-anni-pad es rey de Sumeria por derecho divino y por ser hijo del anterior soberano del país, de quien heredó el trono. Pero los sumos sacerdotes, los grandes señores, los ricos mercaderes y los escribas forman un gran grupo que puede destronar al rey, si éste no cumple los sagrados deberes del trono.

—Entiendo, Kobar. Te has explicado muy bien para ser un simple pastor. Eso indica que tu cerebro es despierto y tu inteligencia viva. Aquí impera la ley universal del más fuerte, herencia de un pasado trivial que surgió de la ley de la selva. Lo siento. Creí, al ver esos maravillosos templos, que vuestra cultura y civilización eran superiores.

»Ahora lo comprendo todo. Los grandes edificios pertenecen al rey y a los grandes señores y sumos sacerdotes, mientras que el pueblo, la gente humilde como tú, vive en casuchas, chozas o a la intemperie, bajo el frío manto de la oscuridad.

—Así es, mi señor.

—Triste decepción, Kobar. Yo hubiese querido decir a mis superiores que la Tierra está poblada por seres felices e inteligentes, que trabajan por el progreso y la evolución, tratando de vencer las calamidades naturales, las inclemencias meteorológicas y la inseguridad del subsuelo geofísico.

»He estudiado vuestro mundo y he temblado de horror. He visto huellas de cataclismos espantosos, terremotos, inundaciones y volcanes. Todo eso se aprecia perfectamente desde el cielo, utilizando mis instrumentos de medición.

»Aquí vivís en condiciones inestables e inseguras, de suerte que hasta los reyes más poderosos se exponen a perecer, en el momento más inesperado, víctimas, con toda su corte, de las venganzas telúricas.

»Y, a pesar de eso, unos hombres esclavizan a otros, presionan al rey para conservar y mantener la injusticia y hasta deben luchar entre sí, como hacen las fieras para subsistir.

—Es cierto —admitió Kobar—. Yo vivía feliz en la tribu de mi padre. Llegaron los guerreros del temible Baar-gibi, destruyeron las casas, mataron a niños y ancianos, violaron a las mujeres y se llevaron cautivos a los jóvenes.

— ¡Inicuo! —exclamó Berler-Arspaal —. Tú habrías podido ser un hombre de provecho, honrado y justo, con tu familia…

—Yo quería conocer los secretos de los dioses, estudiando las tablillas de los sabios, y llevar a mis hermanos a un país de bienestar y felicidad — dijo Kobar nostálgicamente —. Pero debí incurrir en el

enojo de Innana, porque me castigó al penoso cautiverio.

—¿A quién sirves ahora, Kobar?

—Sólo a mi rey. La piadosa Isas-navana, al morir su padre, me dio la libertad. Me regaló telas y utensilios, que yo cambié por mi pequeño rebaño.

—¿Y qué beneficio obtienes de esas ovejas?

—Escaso, mi señor. Sin embargo, cuento con la ayuda de los dioses para que Tauro me sea propicio y en años venideros aumente mi ganado. Sé que habré de pasar unos años de penuria, pero...

—Escucha, Kobar. Si quieres trabajar para mí, te pagaré bien, con justicia.

—¿En qué puedo servirte, mi señor? —preguntó Kobar, sorprendido—. Y aunque pudiera hacerlo, yo no aceptaría pago alguno de ti. Estoy enteramente a tu disposición.

—. El trabajo que te pido es sencillo. Deseo que vayas a Ur y hables con el rey.

—¿Yo, mi señor? ¡No me dejarán acercarme siquiera a los muros del palacio!

—Te dejarán, porque voy a darte algo que te abrirá las puertas de la mansión de Haasch-anni-pad. Tú hablarás con el rey, Kobar, para decirle lo que deseo que haga. Luego, volverás aquí, a esta misma hora, con la respuesta que te dé.

Berler-Arspaal deslizó sus dedos enguantados sobre una cinta plateada de su ropa, y la cinta se dividió en dos, abriendo un agujero del que extrajo un disco brillante, que tendió a Kobar.

—Esto te permitirá llegar hasta el rey. Muéstraselo a su guardia. Ellos lo mirarán y te dejarán pasar. —En los labios de Berler-Arspaal floreció una sonrisa—. ¿Sabes lo que contiene este talismán?

—No — dijo Kobar, sacudiendo la cabeza.

—Música celestial. Y sus notas hechizan a quien las oye. Al oír la que sale de aquí, te obedecerán. Tú sólo tendrás que apretar ligeramente con los dedos para que suene la música. ¿Has comprendido, Kobar?

—Sí, mi señor.

CAPÍTULO II

¡AYUDA DEL CIELO!

Muy temprano, en cuanto se abrieron las puertas de la ciudad, Kobar penetró en ella por la entrada occidental, apoyado en su cayado, con el zurrón a la espalda y cubierta la cabeza por la capucha del sayal.

Entre los pliegues de sus viejas vestiduras ocultaba el disco dorado, cuyo sonido mágico había escuchado antes de amanecer y que había logrado atraer hasta su disperso rebaño.

Kobar jamás había escuchado nada semejante. Quedó extasiado y maravillado, comprendiendo que una cosa así le permitiría llegar hasta el propio rey Haasch-anni-pad.

Sin embargo, Kobar no se dirigió directamente al templo de Bur Sin, sino que subió por una calle empedrada y se dirigió al barrio de los mercaderes, a la residencia del que había sido su amo.

La casa tenía dos pisos, con una gran fachada y dos puertas. Ahora vivía allí Jamet-do, jefe de carros de guerra y lanceros del rey, con su esposa Isas-navana, que esperaba su primer hijo.

Kobar llamó a la puerta de entrada, que comunicaba con un amplio patio de palmeras. Le abrió un esclavo medo, llamado Efrim, al que sus captores, tiempo atrás, habían cortado las orejas.

—¡Oh, Kobar! — exclamó el medo, al ver a Kobar—. ¡Qué alegría das a mi corazón al verte! ¿Qué te trae por aquí? ¿Dónde has dejado tu rebaño? ¿Acaso vienen ya los guerreros acadios y buscas refugio dentro de las murallas?

—No es eso, Efrim —respondió Kobar—. Yo también siento regocijo en mi pecho al verte. Y te daré una buena noticia.

— ¡La sal y el pan te sean dados! Habla, Kobar. ¿Qué buena noticia es ésa?

—Vas a ser liberado pronto.

—¿Yo? —se asombró el medo.

—Sí, tú. Y todos los esclavos de Ur.

—¿Qué estás diciendo? ¿Se han confundido tus ideas en las colinas a causa de la soledad? ¡Oh, eso no puede ser, Kobar!

—Sé lo que digo. Y ahora, déjame ver a tus amos.

—Casualmente, Jamet-do se encuentra aquí. Pero estamos limpiando sus armas, porque ha de ir a palacio. Cuando has llamado, creí que eran los guerreros de nuestro amo, que venían a buscarle ya con los carros de guerra.

—Pues voy a verle inmediatamente.

Kobar cruzó el patio, seguido de Efrim, y penetró en una estancia, donde varios esclavos bruñían el yelmo, la coraza, la lanza y la espada del jefe Jamet-do, cuya voz autoritaria llegó, procedente de una sala contigua, gritando:

—¡Acabad de una vez con mi coraza, pernos despreciables! ¿Es que vais a estar todo el día para bruñir lo que siempre ha brillado como el sol?

Un hombre fuerte, de barba recortada, con atributos militares, apareció en la puerta. Kobar avanzó hacia él y se arrodilló a sus pies, tomándole el fleco de su corta saya.

—Señor, mi amo... disculpar a vuestro siervo.

—¡Kobar! ¿Qué haces aquí? Levántate.

—Estoy siempre a tu servicio, mi señor — dijo Kobar, levantándose—. Quería hablarte.

—Lo siento, Kobar. Ahora no tengo tiempo... ¡Vamos, dejad va esas piezas! ¡Traédmelo aquí, Sabar!

—Es muy importante, mi señor — insistió Kobar.

—¿Más que la junta de soldados que ha de celebrarse antes de una hora? ¡Déjame, Kobar: ve a la cocina y que te den alimentos! Ya hablaremos esta tarde.

—Tengo que ver al rey mi señor.

En la sala se hizo un ominoso silencio cuando todos los esclavos cesaron en su trabajo para volverse a mirar al pastor, como si no hubiesen escuchado bien.

—¿Qué dices, insensato? ¿Tu ver al rey? ¿Estás loco?

—Debo verle. Soy portador de un mensaje para él que me ha dado un mensajero del dios de la Luna.

La mano de Jamet-do descendió brutalmente sobre el hombro izquierdo del medio postrado Kobar. Su rostro se crispó en una mueca de furia. Y su voz rugió, como cuando mandaba sus tropas en los combates:

—¡La maldición de Baal-zehbu caiga sobre ti! ¡Jamás debió mi esposa darte la libertad! ¡Si los sacerdotes te oyen, te mandarán empalar; contén tu injuriosa lengua y da gracias a que yo he sido siempre benevolente contigo!

Kobar se inclinó aún más, bajo el peso de la fuerte mano del luchador. Pero hurgó en su faltriquera y presionó el disco dorado cuya música mágica sonó unos segundos.

—¿Qué es eso? —preguntó Jamet-do soltando a Robar y retrocediendo, consternado.

—Es la magia musical de las estrellas — dijo Kobar, sacando el disco y mostrándoselo a Kobar.

Cesó de presionarlo y la música dejó de oírse.

Todos los esclavos habían retrocedido, asustados.

—Déjamelo ver —dijo Jamet-do, alargando la mano con temor supersticioso—. ¿Dices que te lo ha dado un mensajero del dios de la Luna?

—Bueno, en verdad, no sé quién es. Pero ha llegado de la Luna, en una barca del cielo que dejaba una estela de fuego tras sí, como una serpiente alada.

Jamet-do no llegó a tocar el disco. Retiró la mano al ver su brillo, temiendo tocarlo, como si estuviese hechizado.

—Hazlo sonar de nuevo, Kobar.

El pastor presionó con el pulgar sobre el disco y la música surgió con la magia maravillosa de sus desconocidas y misteriosas notas. Incluso Isas-navana, ataviada con una larga clámide blanca, llegó, atraída por el extraño sonido.

—¡Oh, mi señora y ama! —exclamó Kobar, al verla, postrándose ante ella para besar la orla de sus vestiduras—. Mis ojos y mi corazón se invaden de dicha...

—¿Qué música es ésa? ¿De dónde procedía? — preguntó la mujer, en cuyo vientre advertía el abultamiento de la próxima maternidad.

—Ven conmigo, Kobar — habló Jamet-do —. Y explícame todo eso.

—Sí, mi dueño y señor — contestó humildemente Kobar—. Nada temáis, mi venerada señora. Los dioses nos son propicios ahora.

—¿Qué dices, Kobar? No te entiendo nada. ¿Acaso las tropas de Akkard te han asustado y buscas refugio en esta casa?

—No, no es eso.

Jamet-do, llevando a Kobar del brazo, le condujo a una estancia más lujosa que la anterior, donde le hizo sentar sobre un escabel de cuero. Isas-navana también se sentó, protegida con almohadones.

—Habla, Kobar. Estoy impaciente — exigió el guerrero.

Y Kobar habló...

* * *

Haasch-anni-pad, vestido con una clámide azul, cuajada de piedras preciosas, cubierto con un casco sumerio, de oro y plata, también con engarces de gemas de diversas clases, se hallaba sentado en el trono del palacio de Ur-Namu, escuchando las incomprensibles palabras de Osasmus, el astrólogo real, hombre de gran influencia en Ur, de larga y rizada barba, ropas rutilantes y valiosos anillos en sus largos dedos.

— Innana está irritada, señor. Tauro ama a Istar y la conjura se cierne en Uruk y Elam. Por eso, el Éufrates baja crecido. Hay furia en su seno Las tinieblas trazan surcos de fuego, lo que indica que el dios

de la Luna protegí, a Asur-na-baal, tu irreconciliable enemigo, cuyas huestes se ponen ya en camino para cercar las murallas de Ur.

—¿Eso indican los astros, Osasmus? —preguntó el joven rey, turbado.

—Sí, mi noble soberano. Hasta la sibilia de Nonnar se halla postrada debido al enojo de los dioses.

—¿Y qué podemos hacer para librarnos de esos signos maléficos, Osasmus?

—Nada, mi altísimo amo y señor. Excepto ofrecer sacrificios de sangre a los dioses irritados. Pero no te aseguro que obtengamos merced alguna, porque todo nos es adverso.

—Sí, fiel Osasmus. Hasta el odioso Baar-gibi se ha aliado a Asur-na-baal para hacer más fuerte su ya poderoso ejército y arrastrar nuestras ciudades. —En la voz del joven soberano había infinita tristeza y amargura profunda—. Ni siquiera con los cincuenta mil guerreros que me son fieles puedo afrontar la lucha. Habré de morir, sin apenas haber saboreado el poder que me legó mi amado padre.

«Encárgate de ordenar esos sacrificios. Osasmus. Dile al Sumo Sacerdote Gaalkamon que elija cien vírgenes de entre las hijas de la nobleza, y que las adornen con joyas y flores. Eso agradará a la diosa Inanna y aplacará su enojo.

—¡Sus corazones palpitantes y núbiles serán ofrendados, mi magnánimo soberano! Te ruego, además, que desoigas los lamentos de tus nobles siervos, cuando vengan a implorar por sus hijas. Si te ablandas, la ofrenda será inútil. Los dioses aman a las vírgenes nobles.

— Lo sé, Osasmus. Y para que nadie pueda reprocharme crueldad injustificada, haz que mi hermana Aisana-mara sea la primera en el sacrificio, Inanna agradecerá la sangre de una princesa.

Osasmus, satisfecho, se inclinó ante el soberano y retrocedió, de espaldas, hasta abandonar el salón del trono.

Afuera esperaba Jemer-anni-or, hermano del rey y general del ejército sumerio, que vestía, como era habitual en él, ricas prendas de seda, cinturón de plata y oro, daga en una vaina cincelada y valiosos collares.

Jemer-anni-or, a pesar de ser mayor que Haasch-anni-pad, sólo era hermano de padre. El rey Alramónidas tuvo varias concubinas. Pero amó más que a nadie a la madre del joven Haasch-anni-pad. Por eso dejó su trono al más joven, y también al más apuesto y sabio, de sus hijos.

Jemer-anni-or guardaba por ello un oculto y secreto resentimiento contra su hermano, que jamás se había atrevido a manifestar, porque sabía muy bien que la nobleza de Ur no le perdonaría ser desleal. Sin embargo, intrigó hasta conseguir ser nombrado general en jefe del

ejército de Ur.

Y a esta mala política, como se verá más adelante, se debía, precisamente, que el envidioso rey de Akkad, Asur-na-baal, se dispusiera a lanzar sus huestes contra el poderoso imperio de los súmenos. Estaba seguro de que Jemer-anni-or no era enemigo, porque había sellado un pacto con él.

Jemer-anni-or no estaba solo en la antesala del trono real de Ur. Una escolta de hombres armados le acompañaba. Y entre éstos se encontraba el pastor Kobar, a quien Jamet-do había prestado ropas limpias para poder comparecer ante el rey.

—¿Qué haces aquí, Jemer-anni-or? —preguntó Osasmus, al ver allí al hermano del rey.

Con cierta ironía, el aludido replicó:

—Esperando que la magia deje paso a la milicia, ilustre consejero. Yo también tengo noticias para el rey… ¡Y quizá mejores que las tuyas!

—¡De ti sólo puede esperar el rey alguna indigna traición! —contestó el astrólogo, iracundo.

—¡Contén tu lengua, Osasmus! —exclamó Jemer-anni-or—. ¡Me sobra energía para cortártela! ¡Yo no creo en tu ciencia, ni te he jurado sumisión!

Osasmus fue a replicar, pero optó por alejarse rápidamente. Luego hablaría con el rey y le prevendría contra Jemer-anni-or.

Y éste, al ver marchar al astrólogo, hizo un gesto al inmóvil chambelán, conminándole:

—Anúnciame al rey, Urkus.

—Sí, príncipe.

Casualmente, el rey también quería ver a su hermano. Por esto accedió en el acto a que entrara Jemer-anni-or, al que recibió de pie, saliendo a su encuentro con una triste sonrisa.

—Los dioses te veneren, hermano Haasch — saludó Jemer-anni-or, con una reverencia.

—Sé bien venido, Jemer. Precisamente, quería hablarte. Las noticias de Akkad no son buenas.

—Yo te traigo una que te agradará. Ha llegado un mensajero del cielo.

—¿Eh?

—Me lo ha traído Jamet-do, uno de mis jefes de carros de guerra. Nos ha dejado escuchar algo jamás oído. Pero eso no indica que sea un auténtico mensajero del cielo. Yo más bien diría que se trata de un pastor, según hiede, al que Jamet- do ha vestido con ropas limpias.

—¿Qué has escuchado, Jemer?

—Una música extraña, que parece tener poder de sumisión. El

mensajero insiste en hablar a solas contigo. Pero no te aconsejo que le recibas a solas. A pesar de que le hemos registrado y no lleva armas, puede ser un peligro. Si te parece bien, le haré entrar y escucharé su mensaje.

—Sí, haz pasar a ese hombre, Jemer. ¿Por qué dice ser un mensajero del cielo?

—Es muy extraño el disco que trae. Por nada más.

Jemer retrocedió, dando la espalda al rey, y volvió a entrar, acompañado de un Kobar, que casi daba con la frente en la maravillosa alfombra del salón del trono. Al llegar ante el rey, Kobar quedó postrado e inmóvil.

—Álzate. ¿Cómo te llamas?

Kobar alzó sólo la cabeza y respondió:

—Kobar, mi poderoso soberano, amo y señor de Sumeria y Elam…

—¡Basta, basta! —atajó Haasch-anni-pad, impaciente, a quien le agradaba el protocolo de la gente importante, pero no de zafios pastores malolientes—. Muéstrame la música que traes.

Kobar sacó el disco de su faltriquera y se lo ofreció al rey, bajando sumisamente la cabeza.

Haasch-anni-pad tomó el objeto y le dio vueltas entre sus ensortijados dedos. Luego, preguntó:

—¿Dónde está la música?

—Permitidme, majestad —dijo Kobar—. Hay que presionar en el centro… Así.

Kobar se había puesto en pie y se acercó al rey sin temor, lo que hizo que Jemer-anni-or llevase instintivamente la mano a la empuñadura de su daga.

Pero Kobar sólo quería mostrar el secreto del resorte que ponía en funcionamiento el pequeño disco dorado, cuya música se extendió por el salón del trono, causando el asombro y la delicia, al mismo tiempo, del soberano sumerio.

¡Lo que allí surgía era música de orquesta como nadie había escuchado jamás en Mesopotamia, ni siquiera más allá del Tigris!

—¿Quién te ha dado esto, Kobar?

—Un enviado de las estrellas, mi muy altísimo soberano.

—¿Cómo? ¿Le has visto? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Anoche, majestad. Llegó en una barca del cielo que dejaba tras sí una estela de fuego y producía un ruido muy grande.

—¿Ruido? ¡Yo escuché anoche un ruido…! ¿Lo oíste tú también, Jemer?

—Sí. A pesar de que había estrellas en el cielo, la ira de «Ninjabul» se dejó sentir en la distancia. No es raro. Debe llover en las tierras septentrionales.

—¿Y qué te dijo el enviado de las estrellas, Kobar?

El ex esclavo se volvió y miró a Jemer-anni-or. Luego, abatió la cabeza ante el rey, musitando:

—Ruego humildemente disculpas a mi omnipotente soberano… Pero lo que me dijo el mensajero sólo puedo decíroslo a vos.

—¡Habla y no seas insolente, zafio gañán! — exclamó Jemer-anni-or—. ¡No abuses de mi condescendencia o te haré arrastrar, cien días y cien noches, por mis más veloces carros!

Sin inmutarse, Kobar miró a Jemer-anni-or y repuso dignamente:

—Aunque me torturéis hasta la muerte, sólo al rey revelaré lo que me ha ordenado Berler-Arspaal. Pensad, príncipe, que él ha llegado del cielo y me ha elegido para transmitir sus deseos al soberano. Ni vos, ni siquiera el rey, mi señor, tenéis el poder de un dios bajado del cielo en su carro de fuego.

—¡Calla, maldito deslenguado, o…!

—Calla tú, Jemer. De ser cierto lo que dice, los dioses están por encima de nosotros. Sal, pues. Yo escucharé a este hombre. Luego, decidiré por mí mismo.

—¡Pero qué dios del cielo ni qué infiernos malditos! —barbotó Jemer-anni-or, furibundo—. Si lo he traído ante ti ha sido por conocer el origen de ese objeto mágico. ¿Crees que de otro modo me habría molestado en venir a turbar tus sagrados deberes?

Haasch-anni-pad hizo un gesto de contrariedad. Le molestaba el carácter irascible de su hermano y no vaciló en reprochárselo:

—Tienes un temperamento áspero, Jemer. Procura contenerte en mi presencia. Ahora, sal y déjanos.

Dando un bufido de toro furioso, el príncipe dio media vuelta y salió.

—Veamos, Kobar. Ya puedes hablar. Te escucharé.

—Gracias, mi noble señor. No creí que esto fuese posible. Pero Berler-Arspaal me dijo que daría resultado. Y es cierto. Aquí estoy, delante de vos, para comunicaros que…

»Creo que voy a pediros mucho, sin ofrecer nada a cambio. Berler-Arspaal quiere que deis libertad a todos los esclavos, que distribuyáis la tierra entre los agricultores y el ganado entre los pastores, ayudéis a los pobres, hagáis escuelas…

Haasch-anni-pad sintió que la ira se iba apoderando de él.

CAPÍTULO III

FURIA Y PIEDAD

Efrim, el esclavo sin orejas, tiró del ronzal del asno en que iba el cuerpo del casi moribundo Robar. El animal se resistía a seguir adelante, como presintiendo que la colina se hallaba dominada por un extraordinario ser.

Robar gimió. Iba envuelto en esteras de paja, colgando de pies y manos sobre el lomo del pollino.

—Déjame aquí, Efrim.

—Mi piadosa señora me mandó que te llevara adonde estuviera tu rebaño y me quedara contigo hasta que te repusieras.

—No, Efrim. Gracias por tu ayuda… ¡Ay, me siento morir!

El sol se había ocultado ya tras las lejanas montañas.

—Resiste, hermano. Tú eres fuerte. Tienes que reponerte.

—Escucha, Efrim… Si muero… ve a ver a Berler-Arspaal y cuéntale… Dile lo que ha pasado… Le encontrarás en la colina de la piedra negra… Por la noche…

Robar no pudo continuar. El pollino dio un brinco inesperado y el azotado sintió como si se le desgarrase el cuerpo, perdiendo el conocimiento.

En cierto modo, la renuencia del asno estaba justificada. Efrim lo comprendió en seguida, al mirar hacia la ladera, sobre cuya cima había aparecido una increíble figura vestida de blanco.

Era Berler-Arspaal, que acudía al encuentro de su mensajero, enterado ya de su infortunio.

Efrim cayó de rodillas, parloteando incoherencias, gesticulando y tratando de invocar al cielo, ante lo que suponía una aparición maléfica. Pero, como el aparecido se acercaba a buen paso, se levantó y echó a correr, alejándose del asno y de su moribundo camarada.

No fue muy lejos. El «genio maléfico» llevó su mano derecha al cinto, extrajo un extraño aparato metálico de una funda azul y apuntó con él a Efrim, quien sintió la increíble sensación de la inmovilidad, quedándose rígido súbitamente, en la postura incómoda de la carrera.

Berler-Arspaal enfundó su arma paralizante y se acercó al asno. Sus manos enguantadas alzaron el cuerpo de Kobar como si fuese una pluma. Lo depositó en tierra y desenrolló las esterillas de paja.

Sobre su casco se encendió el potente foco, al presionar él un botón de su cintura. La luz inundó el cuerpo sangrante de Kobar, cuyas vestiduras habían rasgado el látigo de los soldados.

Ni un gesto alteró las facciones del hombre del espacio. Su mirada era inexpresiva y sus labios estaban apretados.

Tomó entre sus manos el cuerpo de Kobar y se levantó, llevándoselo luego hacia la colina. Detrás de ellos quedó el asno, que miraba la sobrenatural figura con ojos vacuos. Algo más allá, Efrim continuaba en la misma actitud estática.

Berler-Arspaal caminó durante diez minutos, ya casi noche cerrada, alumbrándose con el foco de su casco espacial. Pasó cerca del aprisco en que estaba el rebaño de Kobar y se dirigió a la barranca donde tenía su nave, bajando con facilidad por el abrupto terreno.

La máquina del espacio se encontraba en el centro mismo de la quebrada, sobre un lecho de piedras irregulares. Tenía forma de disco de unos diez metros de diámetro por cinco de alto en su parte central, y se apoyaba en tres pies telescópicos, que surgían de la quilla.

En el centro de ésta había una abertura circular, que irradiaba una fuerte luz. Berler-Arspaal se situó bajo esta luz, llevando el cuerpo de Kobar en sus brazos... ¡Y se izó con su carga, sin que nada pareciera tocarle, hasta penetrar en una cabina de techo semiesférico, cuyas paredes aparecían cubiertas de objetos sorprendentes!

Berler-Arspaal depositó su carga sobre algo parecido a una mesa. Desnudó completamente a Kobar y luego situó sobre él un objeto extensible, a modo de brazo de lámpara articulada, en cuyo extremo había una pequeña bola de cuarzo.

Tras manipular en un tablero multifotónico, de la bola de cuarzo surgió upa chispa eléctrica azulada. Resultaba prodigioso ver deslizarse raudamente la chispa sobre las hondas cicatrices del pecho de Kobar, cauterizando la piel y no dejando huella alguna de herida.

En menos de tres minutos, en la piel del pastor no quedó rastro del castigo recibido en el palacio real. Luego, Berler-Arspaal, por medio de una jeringuilla electrónica, cuyo cable iba unido a un tablero de la mesa de «operaciones», inyectó a Kobar una corriente biónica en la nuca.

No había terminado el alienígena de colocar la jeringuilla en su sitio, cuando Kobar se recuperó y abrió los ojos, quedándose sorprendido al ver el lugar donde se encontraba.

—¡Por las sagradas profecías...! ¿Dónde estoy?

—Puedes levantarte, Kobar — le dijo Berler-Arspaal, sonriendo ahora detrás del vidrio de su casco—. Y vístete. Siento no disponer de ropas adecuadas para ti.

Diciendo esto, el extraterrestre tendió a Kobar sus ropas manchadas de sangre. El pastor se vistió rápidamente, mientras decía:

—Di tu mensaje al rey y ordenó azotarme.

—Lo sé, Kobar. Y estoy furioso por eso... ¡Haasch-anni-pad temblará por esto! ¡Puedo pulverizarle y no dejar vestigio alguno de su ciudad ni de su pueblo! ¿Qué clase de estúpido es ese rey? ¿Por qué no ha visto en mi mensaje el ruego de un amigo que trata de favorecerle? ¿No se ha dado cuenta que su vida depende de mí?

—Lo siento, Berler-Arspaal. Hice lo que me pediste. Pero no pude obligarle a creerme. Ya te dije que al rey no se le puede exigir. Nadie renuncia a sus esclavos y bienes, porque vengas tú del cielo a exigírselo.

—¡Hay otro modo para hacer entrar en razón a esos hombres! —exclamó Berler-Arspaal—. ¡Y de buena gana lo haría! ¡Pero yo no debo imponer mi poder a nadie! ¡Tampoco otorgaré mí favor, por el contrario! ¡Ese rey podía recibir mucha ayuda de mí!

—Se lo dije — repuso Kobar gravemente —. Pero no quiso escucharme. Me entregó a su hermano Jemer-anni-or para que fuese azotado por mi insolencia.

—¿Insolente yo? —exclamó Berler-Arspaal, alzando los puños al aire—. Si no fuese por las reglas... ¡Ah, ya verían ésos!

Kobar evocó todo lo que le había sucedido y murmuró:

—Será mejor que vuelva con mi rebaño. No tienes que darme nada. Siento que el rey se quedara con el disco mágico.

—¡No se lo quedará, Kobar! ¡Irás a buscarlo mañana mismo!

Kobar, ya cubierto con sus ropas ensangrentadas, retrocedió asustado.

—No... ¡No volveré al palacio! ¡La guardia de Jemer-anni-or me rebanaría en pedazos!

—¡Te aseguro que nada ocurrirá! —replicó Berler-Arspaal, girando sobre sus talones y dirigiéndose a un extraño armario, cuya puerta abrió, dejando al descubierto los anaqueles y los objetos que habían en su interior. De allí tomó algo parecido a una lámpara eléctrica de forma cilíndrica y alargada—. ¡Volverás con esto, Kobar!

—No, lo siento — dijo el pastor en tono firme, casi desafiante—. Todavía siento en mi carne el dolor del látigo.

—En tu carne no hay dolor, Kobar. Ni ha quedado la menor cicatriz. Yo te he curado. Y te compensaré por tu ayuda. Pero el disco musical no quiero que quede en poder de Haasch-anni-pad, porque no es exactamente una caja de música, sino un selector de microondas, gracias al cual he podido ver y oír todo lo que ha ocurrido contigo en tu viaje a la ciudad.

Sin comprender el sentido de aquellas palabras, Kobar recordó, de pronto, a Efrim.

—¿Y el esclavo que me traía? ¿Dónde está Efrim, el desorejado?

—Se quedó al pie de la colina. Iremos a buscarle. Ya le había

olvidado. Me complace saber que cuentas con buenos amigos. Ven, vamos por él. Está inmovilizado.

—¿Inmovilizado?

—Sí, pero no te preocupes. Vamos a devolverle el movimiento. He considerado más urgente atender tus heridas.

Berler-Arspaal tomó a Kobar del brazo y le llevó hasta el centro de la cabina, donde estaba el agujero por el que se entraba y salía de la sorprendente nave. Kobar se resistió, instintivamente, temiendo caer y hacerse daño. Por eso, su protector le dijo:

—Nada temas. Bajaremos suavemente. Observa cómo lo hago yo.

En efecto, Berler-Arspaal se situó sobre el vacío y descendió, a la vez que señalaba un objeto circular que había en el techo de la nave.

—El eyector te baja si estás arriba y te sube si estás abajo. Son corrientes ingrávidas. Vamos, sígueme.

* * *

Al recobrar la movilidad, Efrim se postró a los pies de Berler-Arspaal, quien, sonriendo, le tomó de los brazos y le obligó a incorporarse. Para el esclavo medo, el aspecto del acompañante de Kobar era sobrenatural.

— Por favor, Efrim — rogó Berler-Arspaal —. No tienes que rendirme sumisión. Soy un amigo.

—¿Amigo? ¿Y esa luz de tu cabeza? ¿Qué has hecho a Kobar?

—Sí, amigo de todos vosotros. La luz es una lámpara eléctrica y he curado a Kobar. Fue azotado por mi culpa. Era mi deber ayudarle. En cuanto al rey Haasch-anni-pad os aseguro que pronto se arrepentirá de lo que ha hecho.

Efrim no creía cuanto estaba viendo. Para una mente simple como la suya, aquel individuo era un dios de pies a cabeza, del que emanaba la divinidad con refulgentes destellos maravillosos.

No creyó jamás que Kobar pudiera vivir. Había perdido mucha sangre y se hallaba muy débil cuando Jamet-do lo llevó a su casa, explicando lo que había ocurrido en palacio.

Tuvo que cerciorarse tocando a Kobar y hasta entreabriendo sus ropas para contemplar su piel, donde ni siquiera quedaban huellas de sangre y mucho menos cicatrices.

—¡Sólo un dios puede hacer este milagro! ¡Eres un dios, mi señor!

—No, Efrim — replicó Berler-Arspaal —. Los dioses no existen. Soy un enviado de las estrellas. Procedo de un mundo lejano, cuyo nombre no significa nada para vosotros.

»Allí viven mis hermanos de raza, que son muchos miles de millones. Allí vivimos dedicados al trabajo, a la investigación, al

estudio de las leyes naturales y a muchas otras cosas. Hay hombres, mujeres y niños. Y, aunque no gozamos de la felicidad completa, sí nos acercamos mucho a ella, porque contamos con leyes justas, gobernantes rectos y honestos guardianes de la ley.

»Yo he venido a la Tierra a efectuar un reconocimiento geográfico y político. No puedo inmiscuirme en vuestras diferencias, porque a quien ayude o favorezca poseerá ventaja sobre los demás.

»Sin embargo, puedo utilizar los servicios de algunos nativos, como vosotros, para realizar mi trabajo, en el bien entendido de que pagaré adecuadamente la ayuda recibida.

»No voy a pagar a Kobar con moneda de mi mundo, porque no le serviría de nada. Le pagaré con favor y ayuda. Y lo mismo haré contigo,

Efrim, porque has ayudado a Kobar. Y como muestra de mi gratitud, quiero devolverte algo que te falta.

—¡A mí no me falta nada, señor dios! —exclamó Efrim —. ¡Y nada me debéis! Socorrí a Kobar porque mi amo me lo mandó.

—Te faltan las orejas —dijo Berler-Arspaal, acercándose a Efrim a la vez que extraía de uno de sus bolsillos una cajita metálica —. No te haré daño. Quédate quieto… Si todos lleváis orejas, ¿por qué tú no?

—Me las cortaron, mi señor amo —contestó el medo, tratando de retroceder y cubriéndose el lugar donde las tuviera.

—Confía en él, Efrim — intervino Kobar, quien ya tenía una fe ilimitada en el cosmonauta—. Quiere ayudarte.

Berler-Arspaal realizó una breve operación con ayuda de una especie de punzón luminoso y brillante, que consistió en rasgar ligeramente la cicatriz de Efrim sobre las raíces auriculares… ¡Y, casi por arte de magia, empezaron a brotar unas protuberancias que, en menos de cinco minutos, se convirtieron en unas orejas perfectas!

—¿Qué te parece, Kobar? —preguntó aquel extraño mago.

—Me parece increíble —replicó el pastor elamita—. Mas empiezo a no sorprenderme de nada de cuanto haces.

—¿Volverás a Ur si te doy palabra de que el rey hará lo que tú le digas?

Kobar estaba examinando la oreja derecha de Efrim. En su mente surgió entonces la visión auténtica de su vida. Sólo un hombre en todo el mundo gozaba del favor de un verdadero dios. Y si Berler-Arspaal no era uno, se le parecía mucho.

Servir a un dios, por tanto, era privilegio mayor que servir a un rey. Además, había comprobado que su protector curaba heridas, restituía orejas y sabía lo que ocurrió en el palacio de Ur-Namu sin haber estado allí, como le había dicho al salir de la nave luminosa, para ir a sacar a Efrim de su estatuaria inmovilidad.

—Haré lo que me mandes, Berler-Arspaal — contestó Kobar, sonriendo—. Sé que no debo temer nada si tú me ayudas.

—Eso está muy bien. Efrim te acompañará, ¿verdad?

Sin dejar de tocarse las orejas, el esclavo medo asintió vivamente.

—¡Desde luego que sí, mi celestial señor!

—El disco musical me ha revelado también que el rey Haasch-anni-pad, con el fin de aplacar el enojo de sus falsos dioses, ha ordenado el sacrificio de cien muchachas jóvenes, que serán inmoladas mañana en el templo de Bur Sin —dijo Berler-Arspaal—. Han elegido ya esas inocentes muchachas, entre las que está una hermana del rey, la princesa Aisana.

»Es mi deseo impedir ese sacrificio inútil. Eso es cosa tuya, Kobar. Irás allí y te mezclarás entre la multitud, llevando ropas nuevas. Quiero que vendas en el mercado unas piedras que te daré y te vistas como corresponde a un hombre importante. En tu bolsa llevarás el proyector radiomagnético, con células paralizantes y antiparalizantes. Nada, ni siquiera una saeta, podrá alcanzarte. Y si no pudieras evitarlo y te hirieran a traición, las células biónicas del pulsador rojo cicatrizarían tu herida rápidamente. Para conseguir estos pequeños milagros, te enseñaré el manejo del proyector.

—¿Y por qué no vas tú a la ciudad, Berler-Arspaal? —preguntó Kobar.

—Por diversos motivos. Uno de ellos es que causaría un terrible efecto psicológico entre la gente. Debo ir siempre protegido por la escafandra y eso llama la atención. Otro motivo importante es que no puedo alejarme mucho de mi nave. Si le ocurriera algo, me vería precisado a permanecer para siempre en la tierra, sin posibilidad de regresar a mi mundo.

»De buena gana iría a ver a vuestro rey, dejando la nave en los patios del palacio. Pero eso me lo prohíben las reglas. Debo mantenerme lo más aislado posible. Puedo utilizar uno o varios mensajeros, si los necesito.

Inteligentemente, Kobar preguntó:

—¿Para qué me necesitas, Berler-Arspaal? ¿Crees necesario que los sumerios cambien de sistema y vivan bajo costumbres más humanas? ¿No te irás y volveremos a caer en la esclavitud?

—Sabía que eras sagaz, Kobar — replicó el cosmonauta, sonriendo—. Y eso me lo demuestra. Tus preguntas son incisivas. Pero voy a responderte. Te necesito porque tú puedes transmitir a tu pueblo la verdad del progreso y la cultura, necesidades éstas de los pueblos. Yo me iré y tú quedarás. Y te escucharán los sabios y los ignorantes, los nobles y los plebeyos. Y tus doctrinas habrán de perdurar largo tiempo. Necesito que hagas eso porque mi conciencia se rebela contra la tiranía y el despotismo.

»¿Me comprendes, Kobar? ¿Imaginas lo que puedes hacer entre tu pueblo si yo te ayudo? En primer lugar, salvar vidas inocentes, lo que aplacará la soberbia del rey.

»De Ur puede salir una doctrina humanitaria que se extenderá por todo el orbe terrestre. ¿Te gusta la labor, Kobar? Tú sabes escribir. Ahora tienes ocasión de realizar lo que anhelabas antes de ser esclavizado. Odia la esclavitud. Imparte la enseñanza. Muestra la justicia. Revela el peligro del agua, la tierra, el aire y el fuego. Predica la humildad y el amor, no la soberbia y el odio. Y, más que nada, distribuye equitativamente la riqueza. La propiedad no debe heredarse. Cada uno tiene derecho a disfrutar de todo lo que obtenga noblemente con su esfuerzo. El rey no puede gobernar por ser hijo de otro rey. Los gobernantes deben ser elegidos entre los ciudadanos más sabios y más justos.

»Si todos nacen igual, todos deben morir igual. Matar es un delito y se debe castigar con la muerte. Quien robe, engañe o expolie, debe ser castigado y condenado a resarcir con trabajo forzado el importe de lo adquirido ilegalmente.

»La mentira y el fraude son delitos que deben reprobarse públicamente. Si alguien causa daño, deberá resarcirlo; quien calumnie habrá de ser repudiado, como el que dañe a mujer inocente.

»Si los gobernantes no se entienden, someterán sus pleitos a mediación de terceros, y la justicia prevalecerá por encima de los más altos dignatarios.

— ¡Todo eso es imposible en Sumeria, Berler-Arspaal! — declaró Kobar solemnemente —. ¿Quién puede condenar a los bandidos del desierto, por ejemplo, que se esconden cuando aparecen las tropas del rey?

—El rey debe estar bien provisto de instrumentos de justicia. La ley no se cumple sólo con dictarla. La guardia de seguridad ha de ir incluso al desierto, ser inflexible e infatigable. Si un rey no es capaz de crear esos instrumentos humanos de justicia, es que no sabe gobernar y, por tanto, debe ser destituido.

—¿Todo eso que dices se hace y se cumple en el mundo del que procedes? —preguntó Kobar.

—Sí — replicó Berler-Arspaal en forma tajante.

—Bien. Confiaremos en tu palabra. Más dudo que aquí pueda ser… He pensado muchas veces en eso. Pero, al menos, lo intentaré.

CAPÍTULO IV

LA ESPADA DE DIOS

Vestido con ropas lujosas y acompañado de Efrim, que ya no parecía un esclavo ni temía a la guardia del rey, Kobar se abrió paso entre la muchedumbre congregada ante el templo-torre de Bur Sin, para presenciar la ceremonia del sacrificio de cien jóvenes núbiles, cuyos pechos debían ser desgarrados por el puñal del Sumo Sacerdote Gaalkamon.

La víspera, las trompetas reales y los pregoneros, habían dado la grata noticia. Para aplacar el enojo de la diosa Inanna, Haasch-annipad, Señor Supremo y Amo de Ur, había dispuesto el sacrificio de cien jóvenes, pertenecientes a las familias más nobles de la ciudad, ofrendando él mismo la vida de su hermana, la princesa Aisana.

Más de cien mil personas se habían reunido con tal motivo. Era un importante acontecimiento. Y el pueblo, que odiaba a la nobleza, se regocijaba interiormente, aclamando al rey por todas las esquinas de la amurallada ciudad, la más vasta y dilatada del Asia Menor en aquellos tiempos.

Escuchando los comentarios, Kobar fue acercándose a la gran escalinata que conducía al ara de los sacrificios. La guardia real, con sus carros, lanceros, ballesteros y escuderos, formaba una muralla infranqueable.

Kobar y Efrim llegaron hasta donde estaban los carros. Detrás había un terreno despejado y, algo más allá, se iniciaba la escalinata, por la que subirían las víctimas del sacrificio, que ya se encontraban en los sótanos del palacio-templo, donde eran tranquilizadas por medio de narcóticos que les suministraban los sacerdotes.

Las jóvenes iban a salir pronto, lujosamente vestidas. Subirían en procesión hasta el ara, donde serían sacrificadas.

Kobar y Efrim, mirando hacia las puertas de los subterráneos, por entre los carros y los caballos, no vieron aproximarse un carruaje adornado con lanzas y gallardetes, que estaba revisando la guardia. Pero su único ocupante, el jefe Jamet-do, gallardo y altivo, con su yelmo bruñido y su coraza reluciente, sí les vio a ellos.

Y de la boca del guerrero surgió una imprecación espantosa. Hizo encabritar sus briosos corceles y luego saltó a tierra, aullando:

—¡Por la condenación de todos mis descendientes! ¿Qué es lo que imagina mi mente y no pueden estar viendo mis ojos?

Kobar oyó aquella voz y volvió la cabeza. Sonrió al ver acercarse al guerrero entre los carros de la guardia.

—Hola, Jamet-do.

—¿Tú? ¿Aquí? ¿Vivo?

Jamet-do tuvo que acercarse, ante la sorpresa de cuantos presenciaban la escena, tocar los brazos y el pecho de Kobar y luego alzar las manos, pálido y trémulo, al ver las orejas de Efrim.

—¡Esto es... un milagro!

—Exactamente, Jamet-do —dijo Kobar—. Y si te quedas junto a nosotros, pronto vas a presenciar otro. ¿Cuándo empieza esto?

—Cuando llegue el rey y su corte... ¡Voto a Baal-zehbu! ¡Tú no puedes estar vivo, Kobar! ¡Te recogí agonizante y te llevé...!

—Mi magia es muy grande ahora, Jamet-do. Ha cambiado mi suerte. Incluso te pagaré bien por la libertad de Efrim, que será mi acompañante y percibirá un sueldo por ello.

Viendo que todos les miraban, incluso los soldados de los carros, Jamet-do tomó a Kobar y a Efrim de los brazos y se los llevó hacia el otro lado de la barrera militar, hacia donde estaba su propio carro. Como era jefe, nadie le puso dificultades.

—Tenéis que explicarme esto. Empiezo a comprender que el dios de la Luna está con vosotros... Aquel objeto musical... Tu vuelta, en perfecto estado de salud... ¡Si te ve el general Jemer-anni-or, hará ahorcar y empalar al verdugo y luego te echará en una caldera de aceite hirviendo!

Kobar sonrió al escuchar aquellas atrocidades.

—Ni el rey puede hacerme más daño, Jamet do— respondió—. Traigo conmigo una pequeña espada flamígera capaz de vencer a todos los ejércitos de la Tierra.

»El enviado denlas estrellas me ha pedido que recupere el disco mágico. El rey tendrá que devolvérmelo. Además, estamos aquí para impedir el sacrificio inútil de las doncellas nobles.

—¿Qué dices? ¡Ya te guardarás muy bien de...! — Jamet-do se detuvo, mirando las ropas de Kobar—. ¿Qué espada es ésa? ¿Dónde la llevas?

Kobar sacó el cilindro metálico que guardaba en la bolsa y se lo mostró al jefe de carros, sin soltarlo.

—¿Y eso qué es?

—Un arma invencible, cuyos rayos de fuego inmovilizarían a un ejército entero.

Atónito, Jamet-do miraba el cilindro, su rara extremidad, la expresión sonriente y segura de Kobar, y el pestañeo burlón de Efrim.

—Venid conmigo. Sentaros a mis pies. Iremos al puesto de guardia. Hablaremos. El rey y su corte aparecerá de un momento a otro.

—No, Jamet-do. Lo siento. Me quedaré aquí, esperando a que venga el rey. Debo pedirle que me devuelva el disco.

—¡No seas loco! ¡Eso no te servirá de nada! ¡La escolta real te impedirá acercarte a él! ¡Hablaremos y luego...!

Un lejano murmullo se alzó entre la muchedumbre. Luego, aumentado por miles de gargantas, se convirtió en rugido.

—¡El rey! ¡Viene el rey!

—¡Hemos de quitarnos de aquí! —exclamó Jamet-do—, ¡Vámonos!

—Lo siento. Quisiera obedecerte, porque te aprecio. Pero no puedo.

—¿Estás loco? —gritó el otro, recordando quién era—. ¡A mí, la guardia!

Más de diez lanceros saltaron de los carros y rodearon al grupo. Jamet-do desenvainó su espada y añadió:

—¡Llevaos a estos dos locos de aquí! Pero no los tratéis con dureza. Luego iré a verlos.

— Lo lamento, Jamet-do. No puedo irme. Cien doncellas van a morir y mi deber es impedirlo.

Al decir esto, Kobar oprimió uno de los resortes del cilindro que empuñaba. Una serpenteante chispa anaranjada surgió del extremo delantero del misterioso objeto y fue a chocar contra los soldados que les rodeaban.

Incluso Jamet-do quedó inmovilizado, así como algunos caballos de los carros, las personas que estaban más cerca y los guardianes de las escalinatas.

Pero no cundió la alarma, porque el rayo anaranjado apenas si se percibió, dada la fugacidad de su aparición. Y sólo Efrim y Kobar resultaron indemnes.

Pero nadie cayó, ni perdió la vida. Simplemente, quedaron inmovilizados, como estatuas vivas.

Sin embargo, pronto cundió la alarma. La gente retrocedió. Hubo un movimiento de dispersión que chocó contra la muralla humana. La guardia que había resultado indemne, sin saber lo que estaba sucediendo, avanzó, lanzas y ballestas en ristre, para contener a la multitud. Y entre el clamor de los que vitoreaban al rey, los gritos ante la escalinata y el estupor de una minoría, nadie sabía a ciencia cierta lo que estaba ocurriendo.

La comitiva del rey, escoltada por lanceros a caballo, continuó avanzando. En su palanquín, transportado por ocho robustos esclavos negros, Haasch-anni-pad yacía tendido sobre almohadones bordados en oro y plata. El griterío de la multitud agradaba al monarca, quien veía la muchedumbre en toda la gran plaza y creía que sólo se proferían vítores hacia su soberana persona.

Más no. Alguien se le acercó a caballo. Era un escudero real, en cuyo semblante se reflejaba la inquietud.

—¡Perdonad, mi señor! ¡Algo está ocurriendo ante la escalinata principal! ¡La gente se arremolina y trata de huir! ¡La tropa se agita!

—Ve a ver, Gorfersit. No te preocupes por mí Nadie osaría alzar la mano contra mí.

—Lo sé, mi señor. Pero debemos ser precavidos. Os aconsejo que aguardéis... O tal vez sea mejor retroceder hacia palacio.

Haasch-anni-pad frunció el ceño. Ya no le parecía escuchar únicamente vítores; oía también gritos de terror. Incluso alzó la cortina de seda y contempló la masa ondulante de la gente, viendo desplegarse a la escolta, para proteger a su persona.

Sin embargo, los acontecimientos se desarrollaron de una forma precipitada e imprevista. Haasch-anni-pad no sabría jamás qué fue lo que realmente sucedió.

Un carro de guerra se acercó a la carrera, conducido por un hombre joven y bien vestido, al que acompañaba otro individuo que se aferraba fuertemente al soporte lateral. El conductor de la cuadriga empuñaba las riendas con una mano y en la otra llevaba un objeto que despedía destellos anaranjados.

En unos instantes, aquel veloz carruaje se situó ante el palanquín del monarca, el cual sufrió un desacostumbrado zarandeo al quedarse inmóvil sus porteadores.

Aterrado, Haasch-anni-pad vio inmovilizarse a su escolta, los siervos que sostenían los abanicos de plumas, los caballos y todos cuanto le rodeaba.

Sólo él pareció quedar libre de la paralización general, mientras que la muchedumbre de la plaza se dispersaba, atropellándose unos a otros, gritando endemoniadamente, pisoteándose, pasando los más fuertes por encima de los más débiles, como si la masa hubiese sido atacada por la locura.

Kobar, conduciendo el carro de Jamet-do, tiró de las riendas y contuvo los caballos. Luego, saltó a tierra, diciendo a Efrim:

—¿No es maravilloso? ¿De qué tienes miedo? ¿Crees que alguien puede impedirnos llegar hasta el rey?

Efrim estaba demasiado impresionado para responder. Lo que veían sus Ojos en todo lo ancho de la plaza no era para ser descrito ni creído.

Kobar se acercó al palanquín y alzó una de las cortinillas. Miró fijamente al aterrado soberano, apuntándole con el proyector cilíndrico.

— Perdona, señor — dijo, sonriente —. Sospecho que no me esperabais precisamente en este momento.

Haasch-anni-pad pareció encogerse sobre sí mismo, balbuceando:

—Guardia... a mí... ¡Defended a vuestro soberano!

—No os inquietéis, señor. No os causaré daño alguno. Sólo he

venido a recuperar el objeto dorado que me quitasteis... ¡Ah, y a impedir que los sacerdotes sagrados sacrifiquen inútilmente a las jóvenes de la nobleza! Ese sacrificio no es grato a los ojos del dios de la Luna.

»Voy a permitiros regresar a vuestro palacio. Pero habréis de caminar por vuestro pie. No es un sacrificio muy grande.

— ¿Qué... qué le ha ocurrido a mi escolta?

—Se han quedado dormidos... Antes de una hora recobrarán la movilidad. No tiene importancia. Venid, señor; apoyaos en mí.

Haasch-anni-pad estaba demasiado impresionado para mover un solo dedo. Sin embargo, cuando Kobar le tomó de la mano, se dejó conducir. Salió del palanquín real y saltó al suelo con agilidad.

El pueblo todavía corría, huyendo en todas direcciones. Los lamentos de los heridos eran espantosos. Había hombres que se arrastraban penosamente y otros que estaban inmóviles en el suelo.

— ¿Qué es... todo esto? —preguntó Haasch-anni-pad, como aturdido.

— Los pastores le llamamos una desbandada señor.

El rey de Ur tardaría horas en rehacerse de su asombro. Creía muerto al insolente pastor que acudió ante él la víspera, con la cajita de música.

En su furia, ordenó azotarlo. Y muy pocos escapaban al castigo del látigo.

Aquel sujeto no sólo se había salvado, sino que aparecía de nuevo ante él, más sano que nunca, mejor vestido, sonriente y seguro de sí mismo, ¡y causando una enorme confusión entre su pueblo!

Hubo de tocar a algunos de los soldados inmóviles para cerciorarse de que no eran estatuas de piedra.

— No temáis, señor — le dijo Kobar —. Están vivos y os ven. Pero están imposibilitados de moverse. Venid, sin reparos. ¿Queréis que os lleve en el carro?... Subid, pues. ¡Luego podréis dar la orden al Sumo Sacerdote para que dejen libres a las doncellas...! ¡Ayuda a su majestad, Efrim!

El rey, titubeando, subió al carro de Jamet-do. Efrim y Kobar subieron tras él.

* * *

— ¡Detened a estos hombres! —gritó Haasch-anni-pad, nada más descender del carro, ante la entrada de su palacio, donde estaba formándose desordenadamente la guardia.

Se produjo gran desconcierto entre los guerreros. Pero algunos, obedeciendo la orden del rey, volvieron sus lanzas hacia Kobar y

Efrim.

—¡Oh, no, lo siento! —exclamó Kobar,

Y una vez más, el proyector despidió sus rayos flamígeros, sembrando el terror entre la guardia; unos quedaron inmovilizados y otros retrocedieron, sobrecogidos de espanto.

—No os haremos ningún daño, señor — observó Kobar—. Entremos en palacio. Y no volváis a dar la orden de atacarnos.

Haasch-anni-pad estaba ya demasiado aterrado para responder. Miraba a sus guardias con ojos muy abiertos. Lo que le estaba sucediendo era demasiado increíble.

Kobar tomó al rey del brazo y le condujo hacia el interior del palacio, seguido de Efrim, quien miraba a todas partes como si no diera crédito a cuanto veían sus ojos, dada la magnificencia del lugar. Por doquiera, criados y vasallos se inclinaban ante el soberano.

Kobar, que ya conocía el lugar, llevó a Haasch-anni-pad hacia el salón del trono. Mientras decía:

—Ordenad que la princesa Aisana regrese a palacio. También quiero hablar con vuestros consejeros y con el príncipe Jemer-anni-or.

—Sí — replicó el rey, que ya empezaba a sentirse más seguro de sí mismo, después de lo que había visto. Era evidente que las paredes del palacio le infundían tranquilidad—. Entonces, ¿es cierto que os envía el dios de la Luna?

—Sí, mi señor. Y todo lo que os dije ayer habréis de cumplirlo. Berler-Arspaal no puede inmiscuirse en nuestros asuntos, pero ha delegado en mí para convenceros.

Haasch-anni-pad no hacía más que dirigir miradas recelosas al objeto metálico que Kobar llevaba en la mano. Al fin, cuando penetraban en el salón del trono, donde se encontraba el sorprendido Gran Chambelán Urkus, quien hizo una extraña reverencia, llevando al mismo tiempo la mano derecha a la vaina de su daga, preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Os lo ha dado él?

—Sí, mi señor. Y habéis visto que es fácil acercarse a vos utilizando esto...

—¡Quieto, Urkus! —gritó el rey, interponiéndose entre Kobar y el Gran Chambelán, cuando éste desenvainaba su puñal —. No causes ya más trastornos... Avisa a Osasmus y al Sumo Sacerdote. Dile también al príncipe Jemer que venga a verme.

Casi precipitadamente, Haasch-anni-pad subió a su trono y se sentó, como si allí se sintiera inmune de todo peligro. Kobar y Efrim se situaron ante él, a prudente distancia. Y Kobar guardó el proyector entre sus ropas, para luego hacer una gentil reverencia.

—Inclínate ante el rey, Efrim. Somos sus vasallos.

Efrim, aturdido, imitó a su compañero.

En aquel instante se oyeron carreras y ruido de armas en la antesala. Y, segundos después, un tropel de soldados irrumpió en el salón del trono. Kobar se volvió, disponiéndose a sacar de nuevo el cilindro que le diera Berler-Arspaal.

Pero el rey se levantó y extendió la mano, exclamando:

—¡Fuera de aquí! ¿Quién os ha dado permiso para entrar?

Un alto jefe militar se acercó, con una espada en la mano. Miró furiosamente a Efrim y Kobar, y luego se inclinó ante el rey.

—Mi señor, disculpad... Me han dicho que dos enemigos.

—Basta, Yosi-Surya. Saca a tus guerreros de aquí y permaneced fuera, por si os necesito.

—¡Hay hombres que se han transformado en estatuas! —exclamó el jefe de los soldados.

—No temáis, señor. Pronto se recobrarán. Será mejor que vigiléis bien el palacio. Y cuando venga el jefe Jamet-do decidle que Kobar se encuentra con su majestad — declaró Kobar, seriamente.

A una seña de Haasch-anni-pad, el jefe de la guardia se retiró. Lo mismo hicieron sus soldados.

—Colócate en la puerta y no dejes pasar a nadie — dijo entonces Kobar a Efrim —. El rey y yo tenemos mucho que hablar.

Efrim obedeció. Pero el astrólogo real, Osasmus, no tardó en llegar, enterado ya de lo que había ocurrido ante el templo de Bur Sin. Y como Efrim quisiera interceptarle el paso, Haasch-anni-pad indicó:

—¡Dejad pasar a Osasmus, mi astrólogo real.

El sabio miró a Efrim de pies a cabeza y luego se acercó a donde estaba Kobar, al que reconoció inmediatamente, por haber presenciado la víspera el castigo a que fue sometido.

—¿Tú? —exclamó—. Pero... ¡No es posible!

—¿De qué te asombras, fetiche? —le contesto Kobar, con desparpajo y entereza —. ¿Me creías muerto? De haber sido un embaucador como tú, ya estaría muerto. Pero a mí me protege un auténtico dios.

Osasmus era demasiado inteligente para no comprender que Kobar se sentía demasiado seguro de sí mismo. E inclinó ligeramente el cuerpo.

CAPÍTULO V

ASUR-NA-BAAL

—Mañana mismo, con la primera luna, se pondrán en marcha los ejércitos acadios —musitó el elegante cortesano, al oído de Jemer-anni-or—. Atacarán Urkuk y Sumer, que caerán en nuestro poder.

Jemer-anni-or no pudo disimular su inquietud.

—¿Tan pronto, Gamasadir?

—Sí. Es lo convenido.

—Pero… ¿Con todo lo que está sucediendo? ¡Asur-na-baal debería ser informado de esto!

—Ya no hay tiempo. Un mensajero llegaría tarde. Es preciso que todo siga adelante… ¡Disimulad, príncipe! ¡Ahí viene el Gran Chambelán!

Efectivamente, Urkus bajaba las escaleras, seguido de dos siervos distinguidos. Fue hacia donde estaban los altos jefes militares y se encaró con Jemer-anni-or, diciendo:

—Príncipe, vuestro hermano os espera.

—Sí, voy inmediatamente — dijo Jemer-anni-or, ansioso de librarse de la inquietante compañía del mercader Gamasadir.

Jamet-do, que también se encontraba entre los soldados, trató de interceptar a Jemer-anni-or. Se aproximó a él y dijo:

—Mi señor, disculpadme… No fue mi culpa… Yo ignoraba…

Jemer-anni-or, que no estaba dispuesto a escuchar a nadie, trató de pasar de largo. Pero, de súbito, se detuvo, volviéndose.

—¡Jamet-do, tú trajiste a Kobar!

—Sí.

El príncipe tomó del brazo al jefe de carros y se lo llevó aparte.

—Mi hermano, el rey, me espera. Acompáñame y cuéntame todo lo que sepas de ese Kobar.

Jamet-do, muy atribulado aún por todo lo sucedido poco antes, se apresuró a decir:

—Kobar era esclavo del difunto padre de mi esposa. Fue Isas-navana quien le dio la libertad y le hizo regalos por su buena conducta. Yo apreciaba a Kobar. Y, si le traje ayer fue por… ¡Vos mismo vistáis y oísteis lo que traía consigo!

—¿Te lo llevaste tú después de haber sido azotado?

—Sí. Creí que estaba muerto. Pensé que no ofendía a nadie con darle sepultura.

—¿Y no estaba muerto?

—No. Me di cuenta al sacarlo del carro. Por esto ordené a Efrim,

otro de mis esclavos, que se lo llevara fuera de las murallas y que hiciera por él lo que pudiera.

Jemer-anni-or apretó el brazo del otro con fuerza.

—¡Pues no parece ser que estuviese tan mal!

—No. Y mi asombro ha sido enorme al verle, con Efrim, ante la escalinata del templo. Kobar dijo que quería ver al rey e impedir el sacrificio que iba a celebrarse. Al parecer, ello no era grato a los ojos del dios o demonio que le ha enviado.

—¿Tú también quedaste paralizado por la espada flamígera? —inquirió Jemer-anni-or.

—¡Sí! ¡Fue horrendo! ¡Quería detenerle y no pude! ¡Todos mis hombres quedaron inmovilizados, y la gente...!

—Vi el tumulto, Jamet-do. Y eso me preocupa mucho. La magia de Kobar ha impresionado a mucha gente, incluyéndome a mí. Habremos de suponer que, efectivamente, tiene contacto con un ser extraordinario.

—Sí, evidentemente. Es cierto — aceptó Jamet-do.

—Y el rey, mi, hermano, me ha llamado para consultarme. ¿De dónde es Kobar?

—Es elamita, pero vivió en tierras de Susa. Fue capturado por los guerreros de Baar-gibi y luego vendido a los constructores de un templo. Allí enfermó y el digno padre de mi esposa lo compró. Sanó y fue un buen esclavo... ¡Ah, es un hombre culto, porque conoce el secreto de la escritura!

—¿Sabe leer los signos sagrados? —se sorprendió Jemer-anni-or.

—Sí. ¿Verdad que es extraño? Él quería ser pastor, reunir un gran rebaño de ovejas y volver a las tierras de su padre.

Habían llegado a la antesala del trono, donde esperaban los hombres de la guardia de Yosi-Surya.

—Aguárdame aquí, Jamet-do. Puedo necesitarte.

El general en jefe del ejército sumerio fue saludado por Yosi-Surya y sus tropas cuando Jemer-anni-or pasó ante ellos, para penetrar en el salón del trono, donde ya había varios altos personajes de la corte.

Kobar se encontraba delante del rey. A su lado se hallaba Efrim, algo cohibido. Osasmus y el furioso Gaalkamon, con dos importantes sacerdotes, también se encontraban allí.

Al ver entrar a su hermano mayor, Haasch-anni-pad se incorporó en su asiento.

—He aquí al hombre que hicimos azotar ayer, Jemer. Obsérvalo detenidamente. Está como si no le hubiese ocurrido nada. Ni siquiera tiene cicatrices en su cuerpo. ¿Y sabes lo que ha hecho?

—Lo sé, majestad —replicó Jemer-anni-or—. Por fortuna, los hombres se han recuperado ya de su parálisis.

—¿Y qué opinas de todo ello, Jemer?

—Mi opinión poco vale… ¡ante la de tantos ilustres sabios como tienes aquí!

—¡Insisto en que debemos invitar al dios de la Luna! —exclamó Osasmus.

—Berler-Arspaal no vendrá, ni quiere que nadie vaya a verle. Yo soy su mensajero y su palabra. ¿Todavía necesitáis más pruebas de su poder extraordinario?

—¿Dónde se encuentra ese enviado del cielo? — preguntó Jemer-anni-or —. No puede hallarse lejos de Ur. En las condiciones en que te encontrabas ayer, no pudiste ir muy lejos.

—Lejos o cerca, ¿qué importa?

—Queremos verle y saber cómo ha llegado hasta aquí. Un verdadero dios de las estrellas no puede albergarse en un aprisco.

—Ha traído una barca del cielo, donde se aloja. Y no desea separarse de ella, ni tampoco que nadie vaya a molestarle. Yo soy su voz y vosotros debéis obedecerme.

—¡Si los azotes no fueron bastante, te podemos cortar el cuello! —gritó Jemer-anni-or.

—Esta vez no podréis hacerme daño, señor — replicó Kobar, dignamente—. Nadie puede impedirme salir y entrar, si lo deseo, de este palacio.

—¿Tienes un arma muy poderosa, eh? ¡Pues yo tengo cincuenta mil soldados rodeando el palacio! ¡Y quisiera saber si esa espada de fuego es capaz de inmovilizar a todos mis guerreros!

—¡A todos y más que vinieran!

—¿Tú me ayudarías contra las tropas del rey Asur-na-baal? —preguntó Haasch-anni-pad.

Kobar miró fijamente al rey.

—No os entiendo, mi señor. ¿Queréis atacar a los acadios?

—¡Son ellos los que pretenden atacarme a mí! — replicó el rey —. Y, según mis noticias, sus fuerzas son más poderosas que las nuestras.

El astrólogo real avanzó un paso y dijo:

—La diosa Inanna nos envía a su mensajero, noble y soberano señor. Ésa debe ser su voluntad. Si vuestro digno hermano ha de luchar contra los acadios, Sumeria está perdida definitivamente.

—Perdón, mi señor — medió Kobar, viendo como la furia del hermano del rey se hacía tan ostensible que le impedía pronunciar palabra—. Berler-Arspaal no quiere la guerra y temo que no os ayudará en vuestra lucha.

—¡Hubiéramos aplacado a los dioses con el sacrificio! —gritó el Sumo Sacerdote, Gaalkamon —. ¿Por qué nos lo habéis impedido, si ni siquiera podemos contar con la ayuda de un enviado de los cielos?

—¡Yo derrotaré a los acadios sin ayuda de ningún mago! —exclamó Jemer-anni-or—. Si se atreven a venir contra nosotros…

—Se atreven — replicó Osasmus —. Según mis últimas noticias, ya se han puesto en marcha hacia Uruk y Lagasch.

—¡Ya sé que los espías zodiacales son más veloces que mis jinetes! —replicó Jemer-anni-or, con ironía—. ¿Y no os han dicho vuestros informantes que mis guerreros están mejor adiestrados que el enemigo?

—¿Qué me pides a cambio de tu ayuda? — preguntó el rey, dirigiéndose a Kobar.

—Lo siento, mi amo y señor. No he venido aquí para ayudaros en la guerra. Ya os dije lo que quería Berler-Arspaal. No quisisteis hacerme caso. Creo que ahora ya es tarde. El que me envía está muy enojado.

—¿Y si ordeno dar la libertad a todos los esclavos de mi reino aplacaría su enojo? —quiso saber Haasch-anni-pad.

—¡Eso no lo conseguiréis jamás! —gritó Gaalkamon, quien fue a proseguir, pero se detuvo ante la furibunda mirada del rey.

—Mucho me temo, amado hermano, que te has dejado influir demasiado por este esclavo liberto — medió Jemer-anni-or, tratando de aparentar serenidad—. Primero habríamos de saber si todo lo que dice es cierto, cosa que yo dudo mucho. Nos habla de un enviado de las estrellas. Y, en efecto, alguna vez se ha dicho que han venido los dioses en sus carrozas de fuego. Pero jamás han elegido a un pastor como intermediario, ¡aunque este pastor conozca el secreto de los signos y sepa leer en las tablillas de barro!

Esto no lo había dicho Kobar y, por tanto, no lo sabía ni el rey ni sus consejeros. Jemer-anni-or gozó del asombro de los otros y se jactó de estar mejor informado que nadie.

—¿Es cierto que conoces los signos sagrados? — preguntó Osasmus.

—Sí, mi señor — asintió Kobar —. Mas no es ésa la causa por la que me ha elegido Berler-Arspaal.

—¡Y si queremos ver personalmente al enviado de las estrellas y comprobar si todo lo que dice Kobar es cierto, sólo tenemos que ir a donde este singular pastor apacentaba su rebaño! —prorrumpió Jemer-anni-or—. Los pastores de las cercanías nos lo dirán. ¿O quieres acompañarnos tú, Efrim? ¿No te llamas así, esclavo de Jamet-do?

Efrim no replicó. Pero Kobar supo sacar partido de la taimada sugerencia del príncipe, intercalando:

—Podéis buscarle y no lo encontraréis. Efrim buscó muchos años sus orejas y Berler-Arspaal se las puso anoche.

Esta declaración sorprendió aún más a los reunidos.

—¿No tenías orejas y el enviado de las estrellas te las hizo? — preguntó Osasmus, acercándose y examinar de cerca a Efrim.

El medo asintió.

—Sí, digno señor.

—En vuestra guardia hay un hombre que conoce bien a Efrim, majestad —añadió Kobar—. Podéis llamarle.

—¿No tratas de llevar muy lejos tu burla? — interrogó Jemer-anni-or, ante la indecisión del rey y los demás, que miraban atentamente a Efrim.

—Sólo tenéis que llamar al jefe Jamet-do —dijo Kobar—. Si él os ha dicho todo lo que sabéis de mí, también os dirá todo lo que sabe de mi compañero.

—Está afuera, esperando. ¿Queréis que le haga pasar?

— Sí, que entre.

—¡Y no le digáis nada! —añadió Kobar.

Jemer-anni-or salió y volvió a entrar, seguido de Jamet-do, el cual realizó una gran reverencia al rey. Y fue Haasch-anni-pad quien, sin preámbulos, le señaló a Efrim y exclamó:

—Si conocéis a ese hombre, decidme qué lleva ahora que antes no llevaba.

—Mi alto, digno y supremo señor... —empezó a decir Jamet-do, titubeando—. ¿Os referís a Efrim? ¡Ah, sus ropas! ¡Y las orejas! ¡Carecía de ellas!

—¿Y cómo le pueden crecer orejas a alguien en una noche? —preguntó Osasmus—. ¡Jamás he visto ni oído que se pueda componer una parte del cuerpo amputada!

Haasch-anni-pad se sentó en su trono y dijo:

—Acercaos, Kobar. Ya sé cuánto quería saber de mis más altos consejeros. Hablarán todo el tiempo que sea preciso y no me darán solución alguna.

»Yo no puedo oponerme a los deseos de quien está por encima de mí. Por ello, he de recapacitar detenidamente. No pretendo incurrir en el enojo de Berler-Arspaal, a quien ruego, a través de ti, que nos disculpe el error cometido.

»No pude imaginar siquiera que tu historia, a pesar del disco musical, pudiera ser cierta. Ante mi presencia acuden montones de visionarios que me cuentan historias inverosímiles, en las que no puedo creer.

«Siento haberte tratado a ti igual que a los demás. Estoy dispuesto a hacer acto de arrepentimiento para desagraviar al enviado de las estrellas. Deseo que le digáis que mi mayor deseo sería tenerle aquí, como huésped de honor.

»En cuanto a lo que me pide, acerca de las reformas que debo realizar en mi reino, debo consultarlo con los nobles y los mercaderes. Tú sabes muy bien, honesto Kobar, que me ganaría la enemistad de los hombres más influyentes de mi reino. Y, sin su

apoyo, ni siquiera podría sostener el cetro.

»El rey de Sumeria no es el amo del mundo. Estoy obligado por muchos juramentos. Los sacerdotes también deben manifestar su opinión en esto, y han de ser consultados los astros.

»Y, por otra parte, vientos aciagos se desatan en el horizonte de nuestra paz. El rey de Akad guarda resentimientos contra nosotros. He tratado de apaciguarlo, enviándole emisarios, y sólo he conseguido que los emisarios sean decapitados.

»Asur-na-baal se ha unido a los que antes eran amigos y ahora enemigos, conjurándose contra mí, y amenazándome con la guerra, que puede abatirse sobre Ur de un instante a otro.

»Por eso trataba de obtener el favor de los dioses, ofrendándoles lo que más grato es a sus ojos. Vírgenes nobles y bellas, de elevada cultura y preclaras familias. Incluso había destinado al sacrificio a mi querida hermana menor, la princesa Aisana...

—¡Los dioses verdaderos no nos perdonarán jamás la ofensa que les hemos hecho! —exclamó Gaalkamon; alzando los brazos al cielo.

Con delicada diplomacia, Haasch-anni-pad repuso:

—Bien sabéis, mi fiel Gaalkamon, que Kobar nos ha impedido el sacrificio. Los dioses deben saberlo también.

—¡Si fuese verdadero ese Arspaal, o como se llame, pondría sus magias a nuestro lado!

—Eso es lo que deseo pedir, Sumo Sacerdote — dijo Haasch-anni-pad con voz triste—. Porque si no recibimos ayuda de los dioses, con sacrificios o sin ellos, mucho me temo que la sangre riegue pronto nuestras murallas, en cantidad muy superior a la de cien doncellas.

Kobar comprendió en aquel instante que el reino de Ur estaba en buenas manos y sintió acrecentarse la admiración que ya sentía por el joven monarca.

* * *

Otro rey, no tan joven como el de Ur, pero más ambicioso, cruel y despótico, avanzaba hacia las tierras de Sumeria, sentado sobre almohadones en el interior de un enorme carro arrastrado por elefantes amaestrados.

Asur-na-baal iba a la guerra. El carro que le servía de alojamiento era una especie de palacio rodante y multicolor, sostenido por veinte pares de anchas ruedas, compuesto por cuatro grandes salas, en donde iban sus más allegados dignatarios y sus mujeres preferidas.

El rey de Akad no era, precisamente, un guerrero. Por ello había confiado su ejército a distinguidos hombres de guerra, uno de los cuales se encontraba ante él, sentado en grandes cojines,

informándole de cómo iba a desarrollarse la campaña. Para ello, el general Saakaya había llevado consigo una tabla de un metro cuadrado, donde los artistas habían dibujado el mapa de la cuenca del Éufrates.

Saakaya contaba también con una caja que contenía numerosas tablillas de barro cocido, donde sus escribas habían anotado la información más importante de la campaña emprendida.

—Mirad, mi señor Asur-na-baal —dijo Saakaya, mostrando el mapa de madera —. Dentro de tres días sitiaremos Uruk, Legasch y Sumer. Sabemos que no hay más de quince mil guerreros defendiendo esas tres ciudades. Nosotros tampoco necesitamos distraer muchas fuerzas para entretener al enemigo. Debemos continuar, con el grueso de las tropas, que he calculado en sesenta mil hombres, hacia Ur, donde se dará la batalla decisiva.

Asur-na-baal sonrió, mostrando sus desiguales dientes amarillentos.

—Según los informes que paseemos de Gamasadir, el general Jemer-anni-or está de nuestra parte. Sus tropas, deliberadamente, recibirán órdenes contradictorias, que nos facilitarán el triunfo. A cambio, Jemer-anni-or recibirá el nombramiento de virrey.

—Aunque Jemer-anni-or no fuese aliado nuestro, sería igual, mi señor — añadió Saakaya —. Podemos vencerles en toda la línea. Nosotros contamos con cien mil hombres, mientras que ellos sólo tienen cincuenta mil. Y si queréis un consejo, no os fiéis mucho de Jemer-anni-or, quien sólo quiere la muerte de su hermano para ocupar él su trono.

—Ahora necesitamos a ese traidor. Luego... ¡Ah, mi valiente general! He prometido al bandido de Baar-gibi el derecho a saquear Ur.

—Los guerreros de ese nefasto sujeto son como los buitres. Se comerán hasta la carroña. Yo no me habría aliado con él.

—De no haber sido así, jamás habríamos reunido el ejército que nos rodea. Y hemos de reconocer que Baar-gibi sabe cómo se gobierna un ejército. Su sistema de aprovisionamiento es inmejorable. Deberías aprender de él, Saakaya.

El aludido se mordió los labios y repuso:

—Ningún bandido puede enseñarme el noble arte de la guerra, mi señor. Podéis dar gracias a los dioses de la fidelidad que os debo. Si hubiera ofrecido mis servicios a otro monarca, no conoceríais los días de gloria que se avecinan.

CAPÍTULO VI

EL PACIFICADOR

Kobar regresó a la colina a lomos de un ágil y brioso caballo blanco, regalo del rey Haasch-anni-pad. Lo primero que hizo fue examinar su pequeño rebaño, maravillándose de que todas las ovejas estuvieran tendidas dócilmente en el aprisco, dormitando. Luego, se dirigió hacia la barranca.

La nave de Berler-Arspaal continuaba allí, con su cono de luz blanca en la parte inferior. Y cuando se acercaba a ella, la figura de Berler-Arspaal descendió de la nave.

— Buenas noches, Kobar — saludó el astronauta.

— ¡Oh, mí noble amigo de las estrellas, ya debes saber que ha sido un día aciago y agitado! Después de hablar con el rey y sus consejeros, he tenido que utilizar el proyector para devolver la vida a más de cincuenta personas que murieron en el tumulto del templo de Bur Sin.

—Lo sé, mi buen Kobar — respondió el astronauta, tristemente —. Y me apena haber llegado a esta tierra en tan difíciles momentos.

Kobar sabía que Berler-Arspaal estaba enterado de todo lo ocurrido en Ur, gracias a unos aparatos que llevaba en la nave, con los que recogía, a distancia, imágenes y sonidos que se encontrasen lejos de él mismo. Esto, según Berler-Arspaal, era debido a un objeto que Kobar llevaba consigo y prendido en sus ropas, a modo de «ojo-que-envía-la-visión-a-distancia».

—El rey está preocupado. Sabe que los ejércitos de Asur-na-baal se acercan y no confía mucho en su hermano Jemer-anni-or.

—Hace bien en no confiar en él, Kobar. Jemer-anni-or odia a su hermano — repuso Berler-Arspaal —. No tengo datos aún, pero creo que será traidor a su pueblo.

—¿Traidor? ¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo creo. He analizado el comportamiento de Jemer-anni-or por medio de mi ordenador. Te asombraría la cantidad de información que he obtenido gracias a tu labor.

—¿Y no podemos ayudar a Haasch-anni-pad? Ya sabes que he venido por esta razón.

—Sí, Kobar. Lo sé. Pero no tenemos pruebas de sus buenas intenciones. Hemos averiguado que el rey es inteligente y justo. Si le damos la oportunidad, hará mucho bien a su pueblo. Merece, por tanto, esa oportunidad. Más, ¿cómo hacerlo sin intervenir directamente en la contienda que se avecina?

»Y no sólo no puedo intervenir, sino que tú tampoco puedes hacer nada, utilizando las armas de que dispongo. Así está establecido en las reglas.

»Yo sólo puedo defender mi vida y la nave que me fue confiada. Claro que me sería fácil dispersar todo el ejército de Asur-na-baal. Lo podía hacer efectuando una pasada sobre ellos con la nave.

—¿Y quién lo iba a saber?

—¿Quién? ¡Todos, los hombres, la historia, mis camaradas! Una intervención de ese tipo causa una impresión muy honda en la mente de las gentes. Un hecho así creía la leyenda. Y cuando alguna vez vuelvan mis camaradas, sabrán que yo perjudiqué a unos terrestres para ayudar a otros. Si esto se averigua dentro de cien años, no importa, porque yo no estaré en la tercera dimensión y nadie podrá pedirme responsabilidades. Pero si se averigua antes de mi muerte…

»No, Kobar. Hay que desengañar al rey Haasch-anni-pad. Nada podemos hacer por él, excepto…

Berler-Arspaal se detuvo. Y esta pausa llenó a Kobar de esperanza.

—¿Excepto qué?

—No debería decírtelo, Kobar. Hay, desde luego, una solución. Pero es atrevida.

—¿Cuál es?

Antes de responder, Berler-Arspaal suspiró profundamente.

—Atiéndeme bien, Kobar. Tú eres inteligente y me comprenderás. Nadie ha de saber lo que voy a decirte… ¡Nadie, ni siquiera el rey, ni la mujer con quien te cases, ni tus hijos, y mucho menos tus amigos, porque los lazos más fuertes los rompe el tiempo, deben conocer lo que ha de quedar entre nosotros dos! ¿Me das tu palabra de que así lo harás?

—Antes me arrancaré la lengua para no revelarlo y las manos para no escribirlo.

—La solución está en el río, Kobar. He descubierto que se avecina una fuerte tormenta por el norte. Sé cuándo se producirá y cuándo se desbordará el río Éufrates. Eso que no puede saberlo nadie en la Tierra, excepto tú.

»Por tanto, Kobar, conociendo esos datos tan importantes, tienes más que suficiente para cambiar el curso de la historia, aunque habrás de actuar de forma que todo parezca casual y fruto de la ayuda del destino.

—No te entiendo, Berler… El río se ha desbordado numerosas veces.

—De acuerdo. Pero jamás en el transcurso de una batalla, donde tus enemigos están situados en el terreno propicio para que se los lleve la riada.

Kobar retrocedió asustado.

—¡Te he comprendido, Berler-Arspaal! ¡Pero eso sería inicuo!

—Las tropas de Asur-na-baal no tendrán piedad de nadie, ni siquiera de ti. Una vez hayan tomado Ur, posiblemente os pasen a todos a cuchillo. Luchar es vuestra única defensa. Pero como el enemigo es superior en número, y posiblemente vuestro jefe de guerra está vendido al enemigo, la derrota es casi segura.

»Mi consejo es éste, Kobar. Haz que el rey te conceda el mando del ejército. Dispón las tropas de modo que el enemigo las siga, abusando de su superioridad. Gana tiempo y sitúate en posición ventajosa, aunque todos piensen que huyes del enemigo.

—¿Y si Haasch-anni-pad no me entrega el mando del ejército? —preguntó Kobar.

—Si no lo hace, díselo bien, perderá su reino, su vida y acarreará la esclavitud de sus súbditos.

— Entiendo… Se lo diré.

—Yo estudiaré mañana mismo toda la cuenca del río y te haré un mapa. Por la noche, volverás a verme y te daré las últimas instrucciones. Al mismo tiempo, me dirás lo que piensa hacer el rey Haasch-anni-pad.

»Ahora, no sólo deseo saber lo que dice, sino también los secretos de su cerebro. Para ello, te daré un objeto de insignificante aspecto, con cuyo inaudible sonido el monarca quedará dormido unos minutos. Acercarás luego la placa neurodetectora a su cabeza. Yo recogeré aquí sus impulsos mentales. ¿Me has comprendido?

* * *

Kobar regresó aquella misma noche a Ur. Los guardias de la puerta occidental le estaban aguardando y le franquearon el paso cuando el vigía, desde la torre, distinguió su caballo en el camino.

Un carro, conducido por Jamet-do le dio escolta hasta el palacio, donde brillaban las antorchas, y en cuya entrada le esperaban Efrim y el Gran Chambelán Urkus.

—Os hemos preparado alojamiento — dijo Urkus, tratando de mostrarse amable con el nuevo favorito del rey —. Espero que vuestro aposento os agradara.

Camino de su alcoba, precedidos por dos criados que portaban lámparas de aceite de roca, Efrim susurró al oído de Kobar:

—El jefe del ejército, príncipe Jemer-anni-or, está furioso contra nosotros. Osasmus me lo ha dicho. Parece ser que durante la cena el rey y su hermano han discutido acaloradamente. Haasch-anni-pad, muy preocupado, se ha encerrado en sus aposentos reales.

—Temo que Jemer-anni-or sea un intrigante que pretende el

derrocamiento del rey. Pero Berler-Arspaal me ha dado un mensaje importante. Ya te lo contaré mañana. Ahora, deseo descansar. Estoy muerto de cansancio.

—Entonces, hasta mañana. Que los sueños te sean propicios.

Se despidieron en el ancho pasillo. Efrim poseía una habitación contigua a la de Kobar. Los criados entraron con Kobar y encendieron las lámparas. Luego, se retiraron.

Kobar se encontró en una amplia alcoba, decorada lujosamente, con un gran lecho cubierto con ropas finas y bordadas. Había una ventana que daba a un jardín y al que se podía descender por una escalinata de ladrillos cocidos, artísticamente colocados.

También tenía una habitación con baño. Y, por la temperatura del agua, dedujo que bajo el piso debía existir una instalación de calefacción.

Fue al volver al aposento principal cuando descubrió una sombra junto a la ventana. Se acercó, sorprendido.

—Perdón, enviado de los dioses — musitó una agradable voz de mujer —. No os alarméis. Sólo vengo a expresaros mi más profundo reconocimiento.

Kobar vio entonces avanzar la sombra, que resultó ser una muchacha elegantemente vestida, con joyas y piedras preciosas en el cuello, los brazos y en las ropas, que se cubría el rostro con un sutil velo blanco.

—¿Quién eres?

—Soy la princesa Aisana, mi poderoso señor Kobar. Estaba esperando vuestro regreso para ponerme a vuestros pies y besar la orla de vuestro manto.

—¡Oh, nada de eso, princesa! — exclamó Kobar.

—Os debo la vida, mi generoso protector. Sé que el dios de la Luna es amigo vuestro. Gracias a vuestra intercesión, el sacrificio que debían hacer con nosotras se ha suspendido. Me han devuelto al palacio y me he enterado de todo lo ocurrido.

—¿Quieres hacerme un favor, princesa? — preguntó Kobar.

—Soy vuestra más rendida esclava, mi señor. Pedid y seréis complacido.

—Pues compláceme quitándote el velo para que pueda contemplar tu rostro. ¿Tan fea eres que no quieres enseñar la cara?

La joven se apresuró a retirar el velo, dejando al descubierto un rostro ovalado, bellísimo, de ojos grandes y oscuros, boca reidora y caprichosa y una nariz noble, recta, muy parecida a la del reí Haasch-anni-pad.

—Eres muy hermosa, Aisana — musitó Kobar, embelesado.

—Gracias, mi noble amo — replicó la princesa, haciendo una inclinación.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—No. He salido de mi aposento sin decírselo a nadie. A veces suelo pasear por el jardín. Sabía que ésta era vuestra alcoba, porque me ha informado un esclavo fiel. ¿Os ha molestado la presencia aquí de la pequeña princesa Aisana?

—¡Oh, no; todo lo contrario! — contestó Kobar —. Me alegro mucho de haber intercedido ante el rey, librándote del puñal de Gaalkamon.

—¡El Sumo Sacerdote y sus seguidores son malos! ¡Yo sé que la muerte de cien jóvenes inocentes y puras no puede agradar a los dioses, porque la muerte es desagradable y dolorosa! ¡Los dioses son buenos y no quieren que nadie sufra!

—Eso debe ser cierto.

—¿No lo sabes tú que conoces a un dios?

—No, Aisana. Berler-Arspaal no es un dios. Procede de un mundo distinto al nuestro, más civilizado, más antiguo y mejor. Pero es un hombre de carne y hueso.

—¿Y no te ha dado, pues, una espada que lanza rayos de fuego? — preguntó la muchacha, abriendo mucho los ojos.

—No es una espada. Es esto — Kobar sacó de su bolsa el proyector paralizante y se lo mostró a Aisana —. Tiene varias aplicaciones. Inmoviliza a las personas y, cambiando de finalidad, cura y cicatriza las heridas.

»Berler-Arspaal tiene muchas cosas extrañas en su barca del cielo.

—¿Podría yo ir a ver al dios de la Luna y darle las gracias personalmente por la ayuda que me ha prestado?

—No lo sé, Aisana. Se lo preguntaré mañana. Ahora, será mejor que vuelvas a tu aposento. No quisiera que te echaran en falta...

—¡Nadie me echará en falta! ¡Nadie me quiere en palacio! ¡Hasta mi hermano el rey, pretendía librarse de mí!

En los bellos ojos de la joven aparecieron lágrimas de profundo desconsuelo. Al verlas, Kobar se acercó y trató de tranquilizar a la princesa, diciéndole:

—No llores, pequeña. Con la ayuda de los dioses de las estrellas, todo cambiará en Sumeria. Las princesas seréis queridas y respetadas, habrá justicia, bienestar y cultura... ¡Eso es lo que quiere Berler-Arspaal!

De pronto, Aisana se abrazó a Kobar, musitando con vehemencia:

—Por favor, no me abandonéis jamás, mi noble y generoso señor. Yo no quiero ser princesa, ni nada. Sólo aspiro a vivir, a soñar, a ser libre, hasta que un noble príncipe me despose y me lleve a su corte.

Kobar pareció despertar entonces de un sueño. Acarició tiernamente la cabeza de la joven y murmuró:

—Algún día llegará ese príncipe, Aisana. Y serás feliz... ¡Yo velaré

para que todos seáis felices en Ur!

* * *

—Lo siento, majestad. Berler-Arspaal no puede ayudarnos en la guerra contra los acadios — dijo Kobar, a la vez que se inclinaba ceremoniosamente ante el joven soberano, quien no pudo ocultar la decepción que sentía.

—Era mi última esperanza. Sólo nos queda el recurso de luchar y morir con honor. Habré de empuñar las armas y acompañar a mi hermano ante las huestes de Asur-na-baal. — En la voz del monarca había un tono de patética amargura.

—Sin embargo, mi amo y señor —añadió Kobar —, debo deciros que esta noche he tenido un sueño, en el que vuestras fuerzas se alzaban con la victoria en la lucha.

—¡Contádmelo, Kobar!

—Es un sueño extraño y singular. Y, sin embargo, parece ser que Sin o Inanna ha querido iluminarme para poderos servir mejor, mi poderoso rey.

»No sé cómo decíroslo para que no os parezca excesiva pretensión mía. — Kobar sabía ya ser sutil y refinado, para no ir directamente al asunto.

—Decídmelo, Kobar. Si es un sueño realizable, debo conocerlo cuanto antes.

—Pues bien, mi amo y señor. En ese sueño, este humilde servidor vuestro vencía a los guerreros enemigos con una estrategia endiablada.

—¿Tú, Kobar? ¿Qué sabes tú de la guerra?

—Os diré algo, mi generoso señor. Anoche sonreí, por los informes que trajeron los mensajeros, que el rey de Acadia se habrá aliado con el famoso señor de la guerra Baar-gibi.

»Y como fue ese inicuo bandido quien atacó a mi familia, mató a mis padres y hermanos y me vendió como esclavo, siento arder el odio en mi corazón cuando oigo su nombre. Entonces, vos no reinabais en Ur. Y vuestro respetado padre no fue con él todo lo severo que debió.

»Pues bien. Pensando en que Baar-gibi se ha aliado con los acadios, me dormí y, de pronto, me encontré en medio del fragor de la lucha, conduciendo un carro de guerra contra mi enemigo, al que decapité con mi espada, de un tajo soberbio.

«Luego, reté a los jefes acadios, pero no aceptaron mi reto y optaron por atacarnos con todas sus fuerzas. Yo me replegué, crucé el río por un vado, y me dispuse a esperarlos al otro lado, instalado

sobre una colina.

»Y fue cuando Asur-na-baal y sus tropas cruzaban el Éufrates por el mismo vado que nosotros cuando subieron inesperadamente las aguas y todos fueron arrastrados corriente abajo...

—¿Subieron las aguas? — preguntó Haasch-anni-pad, sorprendido —.Ya bajan bastante crecidas... No es posible que suban más.

—Se trata de un sueño, mi alto y magnánimo soberano — se apresuró a replicar Kobar.

—Entonces, Osasmus nos revelará la interpretación de ese sueño — dijo el rey, pensativo.

Efectivamente, el astrólogo real, Osasmus, que fue requerido para interpretar el significado del sueño de Kobar, comprendió que había llegado el momento de vengarse de Jemer-anni-or, al que aborrecía.

—El sueño de Kobar está claro, oh, grande y poderoso Haasch-anni-pad — dijo Osasmus —. Significa que los dioses nos son propicios ahora y que debemos confiar en la magia de Kobar, cuyos protectores son muy fuertes e invencibles.

—De eso no parece haber duda, Osasmus — dijo el rey.

—Por tanto, si queréis salvados del ataque de los acadios, es preciso entregar el mando del ejército al bienaventurado Kobar.

—¿Cómo? — exclamó Haasch-anni-pad, atónito —. ¿Kobar, jefe de mi ejército?

—No es ningún disparate, mi amo y señor. Kobar puede paralizar a los guerreros de Asur-na-baal con su espada flamígera.

—No, eso no puedo hacerlo — se apresuró a decir Kobar, noblemente —. Me lo prohibiría Berler-Arspaal. Sin embargo, para poder destruir al hombre que más odio en este mundo, soy capaz de hacerme cargo del mando del ejército y daros la victoria que tanto anhelamos.

—¿A quién odiáis tanto, Kobar? —preguntó Osasmus.

—Al señor de la guerra Baar-gibi, que ha sellado un pacto con Asur-na-baal.

—Entonces, no lo dudemos más. Confío más en Kobar que en vuestro hermano Jemer-anni-or, a quien creó capaz de venderse al enemigo con tal de ser rey de Ur.

Haasch-anni-pad miró fijamente a Osasmus, y no dijo nada.

CAPÍTULO VII

PREPARATIVOS DE GUERRA

El rey estaba dormido. Kobar se acercó a él sigilosamente y sacó de su bolsa el objeto que le dio Berler-Arspaal, el cual acercó a la cabeza del rey y lo mantuvo allí unos minutos. Como sabía que su protector le estaba escuchando a distancia, dijo:

— Deseo hacer lo mismo con Jemer-anni-or. Quisiera que esta noche me dijeras si es un traidor o no. Voy a tomar el mando del ejército y quiero tener tranquila la conciencia.

Desde su nave espacial, Berler-Arspaal no podía hacer llegar respuesta alguna a su mensajero. Pero sí podía, y lo hizo, enviarle impulsos mentales telepáticos.

»—Hazlo, Kobar. Si es necesario, paralízale.

Kobar estuvo con Haasch-anni-pad el tiempo necesario para que Berler-Arspaal pudiera recoger impresiones mentales del dormido monarca, y luego abandonó las habitaciones reales.

Afuera, aguardaba el Gran Chambelán, al que dijo:

—El rey se ha dormido, Urkus. Ha debido pasar mala noche con tantas inquietudes. Es mejor que no se le moleste. ¿Dónde puedo encontrar al príncipe Jemer-anni-or?

—Se encuentra en su alojamiento, acompañado por el noble Gamasadir. Los he visto dirigirse allá hace un instante.

—Gracias, Urkus. Y, por lo que pueda ser, protege la vida del rey. Hay muchas acechanzas en Ur en estos días.

Antes de que el Gran Chambelán pudiera replicar, Kobar se alejó hacia la sala contigua, donde estaba la guardia real y en donde le esperaba Efrim.

Éste se le acercó inmediatamente, preguntándole:

—¿Qué hacemos ahora, Kobar?

—Vamos a pedir audiencia al príncipe Jemer-anni-or. Berler-Arspaal quiere conocer sus pensamientos.

—¿Es que posee medios para conocerlos? — se asombró Efrim.

—Por supuesto. Y es muy raro que el príncipe se halle en su aposento, hablando con los cortesanos, cuando debía estar preparando el ejército para la guerra.

—Ya lo ha hecho — afirmó Efrim —. Jamet-do, mi amo, se encuentra ya ante la puerta norte, revisando los carros de guerra.

Descendieron a la planta baja del palacio, donde un siervo les indicó el camino del aposento del príncipe Jemer. Al llegar allí vieron a cinco altos jefes militares esperando. Todos miraron a Kobar con

sorpresa. Ya sabían quién era.

—¿Esperáis al príncipe, señores? — preguntó Kobar.

— Sí. Ahora está ocupado.

—Lo siento. Voy a tener que interrumpir su audiencia. Traigo órdenes del rey.

Ante la puerta había un edecán, hombre de confianza del príncipe. Kobar se le acercó y le dijo:

—Decid a Jemer-anni-or que deseo verle inmediatamente. Traigo órdenes del rey.

El edecán asintió y dio media vuelta, alzando la cortina y penetrando en el aposento. Casi en el acto regresó, hizo una reverencia a Kobar y declaró:

—Podéis pasar, mensajero del cielo.

Efrim siguió a Kobar. Entraron. Ante una mesa, donde había toda clase de frutos y golosinas, el príncipe Jemer-anni-or y Gamasadir, un noble que se había enriquecido comerciando, se hallaban sentados. Y no parecían muy satisfechos de la intromisión.

—¿Qué quiere el rey? — preguntó el príncipe, enojado, sin levantarse.

—El soberano de Ur, Haasch-anni-pad, me ha confiado el mando de su ejército — dijo Kobar, in expresivamente.

El efecto que estas palabras causaron al príncipe y a su acompañante fue extraordinario. Ambos se pusieron en pie bruscamente. Jemer-anni- or, descompuesto, exclamó:

—¿Estás loco, intruso? ¿Qué maquinación es ésta?

—Os ruego mantengáis la calma, príncipe Jemer-anni-or — replicó Kobar —. No se trata de ninguna maquinación, sino de una medida de seguridad. Es evidente que habéis perdido la confianza de vuestro hermano y otros la han ganado. Estabais muy ansioso por azotarme el otro día. Y no se debe ser tan inicuo, sin motivo.

—¡Basta! ¡No obedeceré esa orden! ¡Mis generales sólo acatarán mis mandatos y no los de un advenedizo intrigante!

Diciendo esto, Jemer-anni-or avanzó hacia Kobar, llevando al mismo tiempo la mano a su corta espada. Pero el pastor estaba prevenido y extrajo rápidamente, el proyector paralizante de su bolsa. Sólo hubo un destello anaranjado, a consecuencia del cual el príncipe y Gamasadir quedaron inmovilizados en el acto.

—Nada podéis contra mí, Jemer-anni-or —habló Kobar —. Cumplo órdenes del rey. Pero antes de hacer pasar a los generales, quiero cumplir también una orden de Berler-Arspaal.

Kobar dio a Efrim el paralizador, encomendándole vigilara la entrada, por si surgía alguna intromisión. Luego, extrajo el neurodetector y lo situó, como había hecho poco antes con el rey, cerca del cráneo de Jemer-anni-or, diciendo:

—Necesitaré saber qué pensamientos se ocultan en la mente de este hombre. ¿Podrás facilitarme la información esta noche, Berler-Arspaal?

En esta ocasión no obtuvo réplica telepática. Berler-Arspaal debía estar demasiado ocupado con sus grabaciones. Además, la respuesta se daba por admitida.

Después de unos minutos, Kobar acercó también el neurodetector a la cabeza del inmovilizado Gamasadir. Y como sabía que podía ser escuchado por aquél, le dijo:

—Estoy realizando un reconocimiento de tus ideas. Es muy sospechoso que el príncipe, en vez de estar organizando sus tropas, pierda el tiempo aquí, con un cortesano.

Tras unos minutos de «encefaloscopía a distancia», Kobar guardó el neurodetector y se volvió a Efrim, de cuyas manos trémulas tomó el proyector paralizante.

—Dame, Efrim. En tus manos no está muy seguro. Sal y diles a los generales que entren.

Efrim obedeció. Primero apareció el edecán, quien quedó estupefacto al ver a su jefe convertido en estatua. Los generales también se sorprendieron mucho.

—No os alarméis, amigos — les dijo Kobar, serenamente —. Existen sospechas de concomitancia entre el príncipe Jemer-anni-or y el rey de Akad, Asur-na-baal. Para evitar un desastre mayor, el rey me ha confiado el mando del ejército. Y como Jemer-anni-or pretendía oponerse, rebelándose contra su hermano el rey, me he visto obligado a disuadirle de su propósito. Lo que ahora voy a decirles sería confirmado dentro de poco ante la corte por el propio Haasch-anni-pad.

»Yo sólo deseo conocer la voluntad de ustedes. Si no están dispuestos a obedecerme, serán destituidos y sus puestos los ocuparán sus inferiores.

»Ya deben saber que las huestes de Asur-na-baal está acercándose al reino de Sumeria. El rey no podía confiar el ejército a su hermano, porque teme una traición irremediable.

»Yo salvaré Ur y su reino, pero ustedes han de ayudarme obedeciéndome en todo.

Uno de los generales repuso secamente:

—Obedeceré a quien me ordene el rey. Pero no será antes de que él lo diga.

»¡Y aun así, habrá de ser por voluntad propia, sin coacciones ni dominios mágicos! ¡La inmovilidad del príncipe Jemer-anni-or demuestra su oposición a ese relevo!

—Está bien, señores. Vayan al salón del trono. Para que no exista coacción alguna, ya he sugerido al rey no hallarme presente en el

momento de que dé la orden. Allí podrán oponer las objeciones que estimen convenientes. Pueden retirarse.

Los generales salieron. Sólo el edecán se quedó.

—Señor — dijo a Kobar —. Permitidme decir algo.

—¿Qué es ello?

—Yo poseo la prueba de la traición del príncipe Jemer... ¡Ese hombre que veis aquí, el noble Gamasadir, ha traído una tablilla sellada por Asur- na-baal, en la que ofrece al príncipe el virreinato de Ur a cambio de conducir al ejército a una encerrona!

—¿Lo sabías, pues? ¿Y por qué lo callabas?

El edecán abatió la cabeza, como avergonzado.

Luego, musitó:

— Yo no debo lealtad al rey. El príncipe me tomó a su servicio y dijo que la corona le pertenecía a él, por derecho de primogenitura. Ahora, comprendo que los dioses no pueden aceptar a los traidores. Verle así, inmovilizado por la gran magia de los dioses es una revelación para mí... ¡Y aunque me decapiten, no quiero ser reo de traición al rey de Sumeria, que me ha acogido con tanta benevolencia!

—¿Cuál es tu nombre?

—Geth-sok, mi señor.

—Bien. Busquemos esa tablilla que ha traído Gamasadir y tú mismo se la llevarás al rey, implorando a su vez el perdón.

—Yo no conozco los signos sagrados, señor Kobar — dijo el edecán.

—No te preocupes. Yo sí los conozco.

La tablilla, recientemente cocida, fue encontrada en el interior de una arqueta cerrada por medio de resortes secretos. Por suerte, Geth-sok los conocía y logró abrirla. Encima de todo estaba la tabilla, con el sello inconfundible de Asur-na-baal.

Kobar la tomó, la leyó y luego fue a donde Jemer-anni-or continuaba inmovilizado.

—¡Por esto, vuestro hermano os arrancará para siempre la altivez y vuestra tumba será maldita, si es que no hace arrojar vuestro cadáver a las hienas del desierto!

Ni siquiera la más intensa rabia pudo vencer la parálisis psicosomática que dominaba todas las células nerviosas del príncipe.

Gamasadir, en cambio, se volvió intensamente pálido. Comprendió lo que significaba aquello. Haasch-anni-pad le haría descuartizar.

* * *

Haasch-anni-pad no quiso matar a nadie. Pero ordenó encerrar en una mazmorra a los conspiradores, diciendo:

—Como mi intención es nombrar un tribunal de escribas, que sean ellos los que establezcan la culpa y la pena.

También confirmó, ante los miembros más representativos de la corte, en la hora sexta de las audiencias públicas, el nombramiento de Bar Kobar (hijo de Kobar, el elamita) como jefe supremo del ejército sumerio, protegido del dios de la Luna, de Sin, de la diosa Inanna, de Askod y de Enki-Nannar.

— Y es mi deseo, que los escribas anotarán para la historia, que sea investido también con el rango de príncipe de Susa, región que yo le regalo como propia, por sus valiosos servicios prestados a la corona, a condición de que la defienda contra el codicioso Asur-nabaal y sus descendientes.

Kobar fue el primer sorprendido al escuchar, más tarde, lo que había dispuesto el rey, dado que él no asistió a la audiencia pública, por encontrarse fuera de la ciudad, revistando el ejército.

El nombramiento que encumbraba a Kobar no fue sugerido al rey por ningún consejero, sacerdote o noble cortesano. Lo pidió una muchacha dulce y bella, vinculada al rey por lazos de sangre.

La princesa Aisana se presentó a su hermano aquella mañana y habló largamente con él. La joven pidió ser despojada del ingrato peso de la corona de princesa, para poder contraer matrimonio con el hombre que la amase, dado que era muy difícil hallar un príncipe de su misma raza. Además confesó llorando a su hermano que se había enamorado del pastor que le salvó la vida.

Haasch-anni-pad comprendió los sentimientos de su joven hermana y le dijo:

»—No haré tal cosa, Aisana. Tú serás siempre princesa, porque por tus venas corre sangre real. Pero como debemos tanto Kobar, si ello te sirve de satisfacción, le nombrará príncipe de Susa.

«Esperemos que los dioses de las estrellas continúen siéndole propicios y nos salve de la situación en que estamos. Si tal hace, yo intercederé para que una su vida a la tuya.

Haasch-anni-pad ignoraba que este secreto deseo había sido captado también por Berler-Arspaal, quien sonrió satisfecho al enterarse, porque no ignoraba las muchas virtudes de Kobar, a quien pensaba conceder favores especiales por la ayuda que le estaba prestando.

El edicto del rey fue escrito en las tablillas de los escribas reales. Luego, se le puso el sello. Todo se llevó luego al horno de palacio, para que quedase inscrito para la posteridad.

Los generales, sin embargo, no aguardaron a que se diera lectura pública a todo ello. Al ver al rey grabar su sello en la arcilla blanda,

abatieron la cabeza y pidieron permiso para retirarse inmediatamente, a fin de ponerse a las órdenes de Bar Kobar, príncipe de Susa.

Y media hora después, en el campamento militar, a orillas del Éufrates, dentro de la inmensa tienda multicolor del señor de la guerra, las espadas de los generales cayeron a los pies de Kobar, quien las recogió, sonriente, y se las devolvió a cada uno de sus propietarios, confirmándoles en sus altos cargos.

Kobar había elegido ya a Jamet-do como ayudante de campo. Y en el gran consejo que se celebró a continuación, el esposo de Isas-navana, de pie detrás de Kobar, cruzado de brazos sobre el brillante peto, creyó estar gozando del día más venturoso de su existencia.

Ya estaban los armeros reales fabricando una armadura para el nuevo príncipe. Prometieron a Jamet-do que no se irían a dormir aquella noche sin terminar el trabajo. El propio rey Haasch-anni-pad entregó el oro y la plata suficiente para que las armas de Bar Kobar fueran dignas de un príncipe.

—Caballeros — empezó diciendo Kobar a los generales —, henos aquí reunidos para estudiar la situación militar que nos plantea el movimiento de tropas del rey de Akad, cuyo propósito es invadir Sumeria.

»En esas tablillas — Kobar señaló la caja de madera donde estaban contenidos los escritos en lengua sumeria — se encuentran los informes que hemos recibido al respecto. Examinados los mapas, parece que un ejército de más de cien mil hombres viene contra nosotros.

—¿Cien mil hombres? — exclamó un general, aterrado —. ¡Nosotros no podemos oponerles ni la mitad!

—Lo sé, general Mushali. Y, para evitar la destrucción de Uruk, Lagasch y Sumer, no sólo dejaremos de enviar fuerzas en socorro de esas poblaciones, sino que he dado órdenes de retirar las guarniciones y no ofrecer resistencia.

—Pero... ¡eso es un disparate! — exclamó otro general.

—No lo creáis, Zhoar Ibn — replicó Kobar —.

Será el enemigo quien distraiga fuerzas en esas poblaciones. Y al no hallar resistencia, tampoco habrá saqueo. Asur-na-baal viene a luchar. Si se le ofrece resistencia destruirá, aunque pierda la mitad de su ejército. Si así ocurriera, se fortificaría en las ciudades conquistadas y la guerra se prolongaría mucho tiempo.

— ¡Rara estrategia, príncipe Bar Kobar! — exclamó el general Mushali, desconcertado.

—No olvidéis que yo no soy militar, sino pastor.

—¡Con más motivo para que nos dejéis a nosotros planear la estrategia! — añadió Zhoar Ibn.

— Los generales suelen ganar las guerras o perderlas. Yo, en cambio, sólo deseo ganarla. Para eso me han nombrado jefe del ejército. Y yo solo soy el único responsable — replicó Kobar, sin inmutarse —. Por tanto, se hará lo que yo diga.

—En tal caso, aquí sobramos, príncipe Bar Kobar — añadió otro general —. Decidnos lo que hemos de hacer y os obedeceremos.

—Calma, general Baankaish, calma, por favor. Estamos aquí para eso. El enemigo aún está lejos y podemos perder unas horas en aclarar la situación.

»Lo primero que haremos es enviar emisarios a Uruk, Sumer y Lagasch, ordenando a los jefes de guarnición que reúnan sus tropas y se vengan a Ur… Ahí están las órdenes escritas, Jamet-do. Repártelas a los emisarios.

El jefe de carros, que ya estaba advertido, tomó las tres tablillas y salió. Afuera, en impacientes corceles, esperaban los mensajeros, que salieron al galope nada más recibir las órdenes.

Jamet-do regresó al interior de la tienda y dijo:

—Orden cumplida, mi señor.

—Reuniremos unos sesenta y cinco mil hombres — dijo entonces Kobar, incorporándose y yendo hacia el muro de la tienda, donde descorrió una cortina, tras la que había un mapa pintado sobre tela en un bastidor de madera —. Según los últimos informes, Asur-na-baal se encuentra aquí, a un día de marcha de Sumer, que será su primer objetivo. Como no encontrará resistencia, continuará adelante con el grueso de sus tropas. Y ocupara Uruk y luego Lagasch. Ya no tiene delante más que la llanura que conduce a Ur. Y su general, cuyo nombre es Saakaya, impaciente por conocer nuestros propósitos o por entrar en combate para dilucidar cuanto antes el asunto, porque desconfiará de las victorias fáciles, seguirá adelante, descendiendo por el Éufrates hasta este punto.

Ahora, los generales escuchaban con suma atención. La exhibición del mapa y la información de Kobar les había impresionado. Empezaban a darse cuenta de que su nuevo jefe no era tonto y que conocía perfectamente las lógicas reacciones de un gran conductor de soldados.

— ¿Os ha facilitado vuestro amigo el dios de las estrellas esos datos? — preguntó el general Zhoar Ibn.

—No. Berler-Arspaal no puede mezclarse en esto. Los informes me los han facilitado los espías que servían al príncipe Jemer-anni-or, y que ahora utilizo yo… Y este mapa lo he hecho yo mismo, porque conozco la región donde he sufrido cautiverio durante varios años. Hombre sufrido, hombre pensador. Además, el hambre agudiza el ingenio.

CAPÍTULO VIII

LA LUZ VIENE DEL CIELO

Efrim se acercó supersticiosamente a donde estaba esperándoles Berler-Arspaal. No se acostumbraba, como Kobar, a la presencia del que consideraba un auténtico dios de la Luna.

—Vamos, Efrim; no temas nada —le alentó Kobar, quien sostenía el magnífico caballo blanco de las riendas —. Berler-Arspaal es amigo nuestro.

Era la luz surgiendo del casco del astronauta lo que impresionaba a Efrim, quien, al fin, se acercó e intentó hacer una genuflexión.

—No, Efrim, déjalo —dijo Berler-Arspaal, hablando por vez primera sin ayuda del micrófono que recogía las palabras de sus interlocutores, las enviaba a los ordenadores de traducción instantánea y luego le era retransmitida—. Yo no soy ningún ser superior. Por tanto, no debo recibir sumisión de nadie. Estoy aquí porque fui mandado y actúo de acuerdo con mi propio criterio. Cuando haya completado mi información, regresaré a mi mundo, navegando entre las estrellas.

»Sin embargo, quisiera hacerlo, dejando amigos aquí y habiendo depositado la semilla de una cultura superior. Tengo ya preparado un libro, escrito en caracteres sumerios, que entregaré a Robar antes de mi partida.

»Si seguís mis indicaciones, podréis obtener importantes enseñanzas prácticas. Os enseñaré a obtener electricidad por medio de pilas electrolíticas. La electricidad es muy importante para el progreso de los pueblos. Ello os permitirá ver durante la noche, como yo hago, disipando la oscuridad. El magnetismo ya es más complicado, pero os daré fórmulas para la imantación y el electromagnetismo, con lo que podréis obtener las comunicaciones telefónicas a distancia.

»En el orden químico y físico, también os facilitaré fórmulas importantes y sencillas, a fin de que obtengáis numerosos metales y gases, muy necesarios todos para vuestra evolución técnica.

»Debéis pensar que los números son mucho más completos de los que vosotros conocéis. Lo siento por el astrólogo real, Osasmus, pero su ciencia es inexacta. El estudio de los astros referente a la influencia que ejercen sobre los seres vivientes es pura superstición. No lo es, en cambio, la astronomía, que es la ciencia del universo. Si yo no conociera la astronomía, jamás habría podido viajar entre las estrellas, aprovechando las grandes corrientes del magnetismo

galáctico.

»Os proporcionaré fórmulas para construir telescopios y así conoceréis la mecánica celeste, los caminos inalterables del firmamento, los mundos que os rodean, de suerte que acabaréis conociendo el vuestro propio.

»Debéis pensar que formamos parte de un todo universal al que estamos unidos por nacimiento. Que nuestro espíritu, en mayor o menor grado, contribuye a una expansión cósmica que se está realizando siempre y que no terminará jamás, sin principio ni fin, porque aunque la materia nazca, se desarrolle y muera, nada ha nacido ni ha muerto en realidad, sino que se ha transformado.

»El hombre tiene un destino universal que se inicia en un punto llamado Alfa y termina en otro punto llamado Omega. Nosotros no lo sabemos aún todo, porque no hemos llegado al punto Omega. Nuestra raza podrá establecer contacto directo algún día, y unir nuestras culturas para obtener un resultado más elevado.

»Por esa razón, nosotros sembramos los principios del conocimiento allí donde nos es posible. Tratamos de humanizar a los hombres y alejarlos del estado primitivo y salvaje del que proceden.

»No es tarea fácil, porque la desconfianza mantiene alejados a los hombres unos de otros. Y los egoísmos despiertan instintos infrahumanos que la evolución y la cultura acabará desterrando.

»Mas no es fácil el progreso, a pesar de mi ayuda. Existen otras razas superiores que son enemigas nuestras. Ellos vendrán o han venido ya.

Y se apoderarán de vuestras mujeres y vuestras riquezas. Sus máquinas celestes son parecidas a la mía. Y van provistas de armas de horrible poder destructivo.

»Ésa es la esencia del cosmos, amigos míos. Lo bueno y lo malo. La verdad y la mentira, lo claro y lo oscuro. La luz, sin embargo, llega del cielo. Y es más fuerte que la oscuridad, puesto que la disipa.

»Tenéis que aprender a dominar las fuerzas ocultas de la naturaleza y ponerlas a vuestro servicio. Algún día sabréis que existe algo más allá de lo tangible. Que a la materia se opone la antimateria, que existe un universo infinitamente grande y otro infinitamente pequeño y que la verdad se extiende en ambos sentidos, aunque ignoramos si se encuentran alguna vez lo macro y lo micro.

«Nosotros aprendimos a dominar, no sin esfuerzo, el magnetismo. Luego, con mayor trabajo, dominamos el antimagnetismo. Y gracias a eso podemos navegar por el cosmos, con naves que pierden la totalidad de su peso y lo recuperan cuando desean ser atraídas hacia grandes fuerzas magnéticas.

«En fin, no quiero turbar vuestras mentes, porque sé que no me

comprendéis, aunque ahora domino vuestra lengua, gracias a la enseñanza captada a distancia.

«Hablemos de cosas concretas. En este rollo de papel plástico está, en tu lengua, el informe hidrográfico del Éufrates. Aquí encontrarás los datos y fechas precisas para que ejecutes tu misión bienhechora.

—Si tú no odias a los acadios, ¿por qué me das los medios para destruirlos?

Berler-Arspaal puso su mano sobre el hombro de Kobar.

—Yo no odio a nadie. Sólo trato de ayudarte. Es un favor particular que te hago, por lo que ya has recibido tu premio. Por otra parte, el río no aniquilará a un solo acadio. Sólo se lo llevará corriente abajo. De ti depende, entonces, aniquilarlos o no. Esos hombres, anegados en barro, diezmados, dispersos y desarmados, estarán a tu merced. Sólo te pido que seas benévolo con ellos y te harás merecedor de mi eterna gratitud. Piensa que el odio engendra odio, pero el amor y la piedad revierte en quien los practica.

»Marchaos ya. Os esperan unos días de inquietud. Luego, cuando todo haya terminado, venid a verme. Nos despediremos y te entregaré el Libro de la Sabiduría, cuyas enseñanzas debéis impartir a todos, sin distinción de razas u orígenes. El hombre es hombre quienquiera que sean sus padres. Y no olvidéis que mezclando unas sangres con otras, vuestra descendencia será más pura y más fuerte.

»¡Ah, Kobar, me olvidaba! La princesa Aisana te quiere. A ella debes el título que te ha concedido el rey. Luego, Haasch-anni-pad, te ofrecerá a su hermana como esposa.

Aturdido, Kobar exclamó:

—¿Qué dices?

—Lo sé muy bien. Tu deber es aceptar a Aisana. Estoy seguro que te dará hijos fuertes y sanos. Y uno de tus nietos llegará a reinar en las tierras de Egipto, perpetuándose su dinastía durante muchos siglos.

—¿Conoces el futuro?

Detrás de su máscara de cristal, Berler-Arspaal sonrió francamente:

—Soy algo adivino, Kobar.

Fue entonces cuando Efrim venció su timidez y osó preguntar:

—¿Y para mí, señor de las estrellas?

—¡Ah, mi buen Efrim! Tú has ayudado a Kobar cuando estaba en trance apurado. Sí, para ti también hay regalos. Permanecerás con Kobar durante unos años. Aprenderás con él las ciencias y la sabiduría, y luego viajarás hacia el país de los hititas, cruzarás los mares, y te instalarás en las tierras de Macedonia... ¡Allí serás recibido con los brazos abiertos y te nombrarán rey los que, corriendo el tiempo, dominarán el mundo!

»Grecia será tu patria, Efrim. Y tu estirpe se perpetuará hasta muchos siglos después de tu muerte.

—¡Gracias, mi señor; así lo haré!

* * *

Durante dos días, Kobar adiestró a su gran ejército en unas tácticas evasivas, de retirada rápida y concentración en otros lugares, lo que hizo pensar a los altos jefes que el nuevo señor de la guerra sumerio se proponía jugar al escondite con las tropas de Asur-na-baal.

Mientras, llegaron los contingentes que faltaban, procedentes de las ciudades que ya habían caído en poder del enemigo, y cuyos jefes, cariacontecidos, se presentaron a Kobar y arrojaron las armas a sus pies.

—¡Hubiéramos podido luchar! —exclamó el comandante de la guarnición de Sumer —. Los acadios jamás tomarían la ciudad. Y vos podríais haber roto el cerco, confundiendo al general Saakaya, quien pensará que ya no hay sangre en nuestros corazones.

—Pensará mal, amigo mío — replicó Kobar, que ahora vestía un rutilante escudo pectoral, de oro y plata, y llevaba un casco de oro macizo, al estilo sumerio—. Pero no os preocupéis. Llevad vuestras tropas al campamento del general Zhoar Ibn, quien ya posee instrucciones para vos.

—¡Que los dioses os sean propicios, mi señor!

Había desconcierto entre las tropas. Y no faltó quien fue al rey a susurrarle la incapacidad del nuevo jefe militar. Haasch-anni-pad ordenó encerrar a los difamadores, que eran altos nobles y prestigiosos mercaderes, para juzgarlos cuando hubiese terminado la lucha, cuya estrategia conocía el rey muy bien.

Por otra parte, Kobar acudió a palacio varias veces. Una de ellas fue para comer, en la intimidad, con el rey, la princesa Aisana y su augusta madre, con la que pronto intimidó el pastor convertido en máximo señor de la guerra y defensor de Sumeria.

No desaprovechó Kobar la oportunidad de observar más detenidamente a la princesa, a la cual interrogó en varios aspectos, sabedor de cuánto había influido la muchacha en su vida.

—¿Ganarás la guerra, Bar Kobar? —preguntó Aisana en un tono que hizo latir desaforadamente el corazón de él.

—Por supuesto, princesa. La guerra está casi ganada. Y no sufriremos bajas humanas.

—¿Qué guerra es ésa que no dará muertos?

—Una guerra piadosa. El enemigo será vencido y desarmado, que

es lo que nos proponemos, sin que haya apenas muertos. Será una gran victoria, de la que se hablará durante muchos siglos.

—Kobar se ha aliado con el padre Éufrates, hermana — dijo el rey, sonriendo —. Es capaz de aliarse con los engendros del mal con tal de servirme.

—Os equivocáis, mi noble y dingo señor — contestó Kobar—. Jamás me aliaría con los espíritus malignos. Es todo lo contrario. Estoy aliado a la verdad, la razón y la sabiduría.

—¿Por qué no quiere Berler-Arspaal que le veamos, aunque sea en privado?

—Se lo diré, mi magnánimo señor. Tal vez, antes de regresar a las estrellas, acceda a dejarse ver por vos.

—¡Es mi aspiración máxima, Kobar!

—Intercederé, mi señor.

Después de la comida, Kobar paseó por el jardín con la princesa. Y no pudo contener la admiración y gratitud que sentía hacia ella. En un rincón apartado, entre flores, tomó las manos de la muchacha y musitó, lleno de unción:

—Gracias, Aisana... ¡Soy el hombre más feliz de la tierra!

Ella se sobresaltó, pero no hizo nada por retroceder.

—¿Qué queréis decir, Kobar? ¡No os comprendo!

—Lo sabes muy bien, Aisana. Me lo ha dicho Berler-Arspaal. Tú has intercedido ante tu hermano, por gratitud.

—¡Oh, Kobar! ¡Es que... mi corazón está alterado desde que os conocí la otra noche!

—¡Eres adorable, Aisana!

Ella se dejó atraer hacia el pecho de él. Se abrazaron y sintieron intensa emoción al rozar sus labios levemente. Luego, ella, cual gacela asustada, salió huyendo con tal ligereza que Kobar no pudo darle alcance.

—¿Te veré esta noche? — fue lo único que acertó a decir, antes de que ella desapareciera de su vista.

Aisana no respondió y Kobar se quedó triste y apenado, regresando luego al salón donde el rey conversaba con su augusta madre. Ambos sonrieron al verle llegar.

—¿Y Aisana? —preguntó maliciosamente la reina madre.

—Huyó al sentir la llama del fuego donde se consume un sentimiento eterno y maravilloso, mi gentil señora —dijo Kobar tristemente.

—¿Sabéis que me sorprende mucho lo que dicen de vos, príncipe Bar Kobar? —replicó la dama.

—¿Y qué dicen, mi augusta señora?

—Que erais un simple pastor de ovejas.

—Y dicen bien vuestras informadoras. Y fui esclavo de un

mercader, y trabajé en el templo de Enki, para los arquitectos reales, donde, por cierto, se trata de modo inhumano a los esclavos. Pero antes había sido un buen discípulo del mentor que me proporcionó mi buen padre.

»Yo debía conducir la tribu de mi padre, que era la más grande del Elam, cuando los dioses se lo llevaran. Los soldados malditos de Baar-gibi mataron a mi familia y me esclavizaron.

Haasch-anni-pad levantó vivamente la cabeza, asaltado por un súbito pensamiento.

— ¿Y qué piensas hacer con Baar-gibi, cuando le captures, Kobar?

El aludido tardó en responder. La expresión de su rostro sufrió varias alteraciones incomprensibles. Al fin, musitó:

—Le haré justicia, mi generoso señor.

—¿Y cómo será esa justicia, Kobar? Estoy interesado en saberlo, porque tengo agravios que dilucidar.

—La justicia, mi admirable señor, sólo es una. Y sólo hay un modo de hacerla.

—¿Cuál es? —insistió Haasch-anni-pad, tratando de acorralar a Kobar.

—Acusando al reo públicamente y permitiéndole defenderse. Un tribunal de imparciales condenará o eximirá al acusado.

—¿Y crees que eso es justicia? —insistió el rey.

—Si no lo es, mi magnánimo y noble señor, al menos así lo parecerá a la mayoría. Y son los pueblos los que deben gobernarse a sí mismos, dictando y acatando sus propias leyes.

—Con esos principios, la labor del rey sería muy sencilla —pareció burlarse el rey.

—Es que, si me lo permitís, egregio señor, el rey sólo debería ser una figura simbólica. Puesto que si la luz viene del cielo, y en el cielo no hay reyes, ¿por qué ha de haberlos en la tierra, que es el lugar de hombres?

—Creo que te equivocas, Kobar. El rey debe existir. Al pueblo le agrada verme. Se siente seguro y protegido con un rey fuerte y justo.

—Ya estamos volviendo a la justicia, mi soberano. Ni el más fuerte es el más justo, ni el más sabio el mejor gobernante. La tierra está dividida en reinos. Parece ser la costumbre general. Y es una forma bastante aceptable de gobierno, si no existieran otras mejores.

»Lo dice Berler-Arspaal. Gobierna el que más sabe, no importa cuál sea su linaje. Es el propio gobernado quien debe elegir quien le gobierne, puesto que el hombre ha de ser libre.

—¡Pero eso es imposible! Sí, ya lo sé. He de liberar a todos los esclavos. Pero ¿qué significa eso, si en otros lugares no se establece esa misma libertad?

—Nuestro deber, mientras tengamos vida, es luchar para que

haya libertad y justicia, mi señor. Y si empezamos nosotros aquí, otros pueden imitarnos en países lejanos. Yo os aseguro que en los tratados de paz que impondré a Asur-na-baal, la libertad de los esclavos será condición primera, de lo contrario, él mismo será esclavo mío de por vida.

—¿Y eso será justo? —inquirió Haasch-anni-pad.

Kobar, en vez de responder, se inclinó y se retiró sonriendo.

—Es un hombre admirable, hijo — declaró la reina madre.

CAPÍTULO IX

LA GRAN BATALLA

Bar Kobar, Señor de la Guerra, había dispuesto sus tropas a la orilla este del Éufrates, cerca de Ur, en la región que ahora cubre la ciudad de An Nasiriyah.

Diez kilómetros al sureste, se abría el río, formando el lago Hammar, donde, secretamente, Kobar había ordenado situarse un número considerable de embarcaciones de todos los tipos.

El río bajaba bastante crecido ya. Sin embargo, en la llanura donde el ejército de Ur esperaba, formando bloques compactos, existía un amplio vado por el que, en caso de retirada, hombres y carros podían cruzar fácilmente a la otra orilla. Kobar había estudiado convenientemente la zona, cruzándola repetidas veces a caballo, y hasta hizo rellenar algunos pozos que podían ser peligrosos.

Preparado todo convenientemente, se dispuso a esperar. Efrim le acompañaba a todas partes, llevando consigo un extraño reloj que les había entregado Berler-Arspaal, y cuyo funcionamiento aprendió Kobar en pocos minutos.

El ejército sumerio se componía de cinco grandes grupos de casi quince mil hombres cada uno. Por tanto, era un poderoso cuerpo de ejército, cuyos flancos estaban protegidos por carros ligeros, catapultas, coraceros y ballesteros. Los infantes, honderos, lanceros y esclavos provistos de porras, se encontraban más cerca de la orilla del río. La orden que habían recibido era la de replegarse y vadear el Éufrates cuando los enlaces de Kobar dieran el aviso.

Se sabía ya, en las primeras horas de aquel memorable día, que los acadios, como había previsto Kobar, avanzaban hacia Ur, después de haber ocupado, sin lucha, tres importantes ciudades y numerosas aldeas. Era evidente, pues, que Asur-na-baal tenía prisa en enfrentarse cuanto antes con las tropas de Haasch-anni-pad, debido a que no confiaba demasiado en los jefes que se habían aliado con él. Y Baar-gibi era uno de éstos, cuyas tropas, nómadas, agresivas y codiciosas, habían recibido la promesa de que se quedarían todo el botín que obtuvieran.

Pero como en Uruk, Sumer y Lagasch no hubo lucha, aquellos guerreros ladrones estaban furiosos. Su jefe, Baar-gibi, se encaró con el general Saakaya, exigiéndole el cumplimiento de su promesa y obteniendo la palabra formal de que en Ur, aunque la ciudad se rindiera sin lucha, podrían dedicarse al saqueo durante veinticuatro

horas.

Otros aliados de Asur-na-baal pedían lo mismo.

Por esta razón, el rey de Akad quería enfrentarse cuanto antes con las huestes que suponía mandadas por Jemer-anni-or. Su prisa estaba justificada. Contaba ganar la lucha y luego deshacerse de sus más inquietantes aliados.

Y Kobar, que no podía dejar pasar aquel día, o todos sus proyectos se vendrían abajo, aguardaba impaciente, enviando continuamente patrullas para hostigar el avance acadio y orientarle hacia el lugar que a él le convenía.

Efectivamente, los mensajeros le llevaron la noticia tan esperada.

—Señor, el enemigo está levantando el campo e iniciando el avance.

—Bien — exclamó Kobar, satisfecho —. Que los grupos de entretenimiento les hostiguen y retrocedan, como convinimos.

Estos grupos estaban compuestos por más de dos mil carros, con arqueros y ballesteros, que se deslizaban por la llanura a tremenda velocidad, acercándose a la vanguardia acadia y disparándoles una verdadera lluvia de flechas, que poco o escaso daño causaba, debido a que la vanguardia de Asur-na-baal estaba perfectamente protegida.

También salieron los carros acadios; y los súmenos, estratégicamente, se retiraron, volviendo a su punto de partida.

A media mañana, Saakaya avistó al grueso del ejército sumerio. Lo vio extendido ante el río y creyó que los dioses le favorecían. Por esto ordenó el ataque inmediato. Suponía, equivocadamente, que Jemer-anni-or había dispuesto así sus tropas para darle facilidades en la contienda.

Saakaya consultó con el rey y éste accedió a no demorar el ataque decisivo.

—Adelante, mi fiel Saakaya. Yo presenciaré la victoria desde aquí.

—Sí, poderoso señor. Los aplastaremos antes de que puedan cruzar el río. Ellos mismos se han metido en la ratonera.

—¡Ah, Saakaya; otra cosa!

—Decidme, noble señor.

—Si veis al príncipe Jemer-anni-or en el combate no tengáis consideración con él… ¡Matadle!

—Comprendo. Los traidores deben morir.

El asalto se inició una hora antes de hallarse el sol en su cénit.

Kobar, que consultaba continuamente el reloj que llevaba Efrim, frunció el ceño. Debía contender más de cuatro horas con el enemigo. Todo había salido bien hasta entonces, pero aquellas cuatro horas debían ser llenadas con alguna especie de entretenimiento. Por supuesto, no había esperado, ni mucho menos, exactitud cronométrica. Lo que más había temido era un retraso en el ataque.

Pero supo hacer las cosas de forma conveniente para que los acadios no tuvieran tropiezo alguno en su marcha, lo que, por parte de Asur-na-baal, se interpretaría como maniobra del traidor Jemer-anni-or.

Kobar se dirigió a donde se encontraba el general Zhoar Ibn, y le dijo:

—Voy a dar la orden de retirada al otro lado del río, general. Pero usted y sus hombres han de avanzar para contener los carros de guerra enemigos. No quiero que se expongan, sino que se entretenga al adversario.

Irá usted cediendo terreno palmo a palmo, de suerte que, tres horas después de la sexta, han de estar cruzando el río hacia la orilla opuesta. Ellos tendrán que seguirle.

—¡Claro que lo harán! Si nosotros pasamos el río ante sus ojos, sin peligro alguno, Asur-na- baal ordenará seguimos.

—Eso es lo que yo quiero — replicó Kobar secamente.

—¿Esperáis que suban las aguas en el momento en que estén cruzando el río? — ironizó Zhoar-Ibn.

—Podría ser. Mientras, haced lo que os he dicho.

Al iniciarse el ataque acadio, los sumerios iniciaron el repliegue, cruzando el ancho río con el agua hasta las rodillas. Primero fueron los infantes, los esclavos, onderos y saeteros. Todos los carros formaban una extensa línea de combate, desafiante.

Pero esta línea se partió extrañamente, para permitir el avance de las tropas de Zhoar Ibn, cuyos quince mil hombres se lanzaron contra el enemigo en formación de ataque. Al mismo tiempo, el resto de las tropas que había quedado a retaguardia inició el retroceso.

Saakaya no salía de su asombro. Según sus cálculos, el jefe sumerio se estaba delatando a sí mismo con aquella táctica. Más que una cobardía, era casi admitir que estaba dispuesto a entregar sus tropas al enemigo.

Pero ¿no había sido convenido así?

Por esto ordenó atacar a las huestes de Zhoar Ibn. Mas cuando parecía inevitable el choque, los sumerios retrocedieron hacia el terreno dejado libre por sus compañeros.

Saakaya ordenó seguir hostigando. Y de pronto, se encontró con una feroz resistencia por parte de numerosos carros que se lanzaron, inesperadamente, sobre su vanguardia.

Dispuso el avance de otros carros, situados en los flancos. Y los sumerios, antes de enfrentarse abiertamente, optaron por retroceder. De aquel modo astuto se desplazó varias veces el campo de ataque, sin que hubiese enfrentamiento formal y serio por ninguno de los dos bandos.

Zhoar Ibn ejecutaba perfectamente su maniobra dilatoria. Mientras, el grueso de sus fuerzas había cruzado casi totalmente el

río, apostándose en las laderas de la otra orilla, en una extensa y frágil fila, que era como un tentador cebo.

Saakaya receló entonces una añagaza. Y calculó apresuradamente dónde podía encontrarse ésta. Todo parecía indicar que si había trampa, ésta tenía que hallarse en las aguas del río. Pero él vio perfectamente a las tropas enemigas cruzar el vado con el agua hasta las rodillas. Los carros que transportaban las catapultas apenas si cubrían sus ruedas. Caso de existir, la trampa debía ser en otra parte, pues si el enemigo había cruzado el río, ellos también podían hacer lo mismo.

—¡Adelante! ¡Perseguidlos hasta la otra orilla del río!

Y esto era, precisamente, lo que quería Kobar, quien esperaba impaciente sobre la colina del lado oeste del río, consultando el reloj de Efrim continuamente.

Envió un mensajero a Zhoar Ibn diciéndole que avanzara de nuevo, en dirección sur, y que luego retrocediera definitivamente hacia el río. Kobar estaba observando que ya habían caído buen número de guerreros, y, aunque era inevitable algunas pérdidas, no quería sacrificar vidas humanas.

Al mismo tiempo, Kobar recorrió toda la línea defensiva de la orilla oeste y recalcó a los generales las órdenes. Durante este recorrido, el noble Gorfersit se le acercó, imprecándole:

—¿Qué táctica es ésta, mi señor? ¿Creéis que las aguas contendrán a los acadios? ¡Se lanzarán detrás de nosotros y no podamos contenerlos!

¡El río no es ningún obstáculo para ellos, como no lo ha sido para nosotros!

—Esperad, buen amigo. Tened confianza. Sólo quiero que se cumplan mis órdenes al pie de la letra y que nadie pierda la cabeza.

El general Baankaish, que había presenciado el desarrollo de la táctica de Kobar con escepticismo, al ver llegar a su superior, dijo:

—¿Y ahora qué, príncipe? Antes de dos horas, cruzarán el río y nos destruirán.

—¡Jamás cruzarán el río, Baankaish! Nuestro repliegue está dispuesto, no hacia atrás, sino hacia la orilla del Éufrates... ¡Así lo harán Mushali y Geth-sok!

—¿Y creéis que sesenta mil hombres van a contener a más de cien mil?

—Lo suficiente para que transcurra una hora, poco más o menos. Luego, se terminará la lucha bruscamente. Pero los acadios estarán metidos en el río hasta entonces.

—¿Es que esperáis que se produzca una crecida súbita del río?

—¡En efecto! —declaró Kobar solemnemente.

* * *

La crecida se produjo casi en el instante mismo predicho por el cálculo de Berler-Arspaal. Kobar estuvo siempre seguro de que sería así, por la sencilla razón de que el «reloj» que llevaba Efrim no «habló» ni una sola vez. De haber existido alguna modificación, el reloj habría «hablado» y la voz de Berler-Arspaal habría llevado el mensaje hasta Efrim.

Pero no fue así.

Y la táctica dilatoria realizada por las tropas de Zhoar Ibn dieron su fruto, aunque costaron más de tres mil hombres, por mil que perdieron los acadios.

Media hora antes de lo previsto, las huestes atacantes avanzaban sobre el río, protegidos por los carros de guerra. Y en todo lo que abarcaba la vista, el inmenso gentío se adentraba en las aguas bajas, presionando hacia la otra orilla, donde ahora se realizaba una defensa terrible.

Sólo el gran carro multicolor, donde iba Asur-na-baal y su corte, se había quedado en la orilla este, protegido por diez mil guerreros que no participaban en la lucha. Todos los demás vadeaban aquellos tres kilómetros de río, ancho y de escaso fondo, donde se estaba desarrollando la contienda, cuya lentitud desesperaba a Saakaya, porque no esperaba una oposición tan grande, precisamente cuando la mayor parte de sus tropas se encontraban en el río.

Presionando a los jefes de sus fuerzas, Saakaya llegó hasta donde se hallaba el jefe de guerra Baar-gibi, un hombre hercúleo y barbudo, de ojos saltones y condiciones, que tenía dos cicatrices en el rostro y montaba un brioso caballo.

—Nos hacía falta un baño, general Saakaya — se burló aquel jefe de bandidos—. Y por si no lo sabéis, os diré que no es el príncipe Jemer-anni-or quien manda los sumerios.

—¿No? ¿Cómo lo sabéis, general Baar-gibi? ¿Quién es?

—Me lo ha dicho un prisionero herido al que he decapitado después de la información — respondió Baar-gibi—. El jefe de las fuerzas enemigas es un sujeto que dice ser enviado del dios de la Luna, llamado Bar Kobar.

—¿Y dónde está Jemer-anni-or?

—Parece ser que su hermano le tiene encerrado en una mazmorra.

Saakaya, a quien no le agradaba Baar-gibi, se alejó. Unos instantes después, al escuchar los primeros gritos y dirigir la mirada río arriba, comprendió la verdad y sintió erizársele los cabellos de espanto.

¡Una ola de un metro de altura descendía, siniestra y ominosa,

ensanchando el río, desbordándolo, impetuosamente, hacia donde se encontraba el grueso de sus fuerzas!

Y la velocidad de la siniestra ola de agua revuelta y terrosa era enorme.

Lo que ocurrió después fue un desastre que los sumerios parecían conocer de antemano, porque su táctica estuvo, en todo momento, dirigida a favorecer la acción de las aguas.

Desesperadamente, Saakaya trató de alcanzar la orilla este, pero el pánico cundía ya entre sus tropas, que iniciaron una desbandada inútil, porque la ola engulló a más de setenta mil hombres, con sus carros y armas, arrastrándolos corriente abajo en espantosa confusión.

Por la orilla en donde se encontraban las fuerzas de Kobar, el agua subió un metro y luego continuó ascendiendo lentamente. Pero en la margen opuesta, más llana y dilatada, se extendió el líquido elemento hasta llegar a donde se encontraba el inmenso carro de Asur-na-baal, cubriéndolo hasta la mitad de las ruedas.

Poco después, cuando quisieron los carreros sacarlo de allí, reblandecida la tierra por la riada, se encontraron con la imposibilidad del esfuerzo de los elefantes, porque el enorme artefacto quedó hundido en el barro, rotas las cuerdas de arrastre y a merced de los sumerios.

En medio de la gran confusión, un carro de guerra embistió al caballo del general Saakaya, el cual fue derribado. Debido a las pesadas armaduras de pobre y bronce que llevaba, pereció ahogado. Su cadáver fue encontrado al día siguiente, por los pescadores del lago Hammar.

Sin embargo, a pesar del descalabro sufrido, los acadios no tuvieron muchas víctimas, debido, principalmente, a que el ejército sumerio, una vez pasada la gran ola, se dedicó a recoger cuerpos que trataban de ganar las orillas del río. De aquel modo, hicieron más de cincuenta mil prisioneros que, desarmados, fueron conducidos hacia las ruinas de un viejo templo, entre cuyos muros fueron alojados.

Se ahogaron más de diez mil soldados, cifra que pareció excesiva a Kobar, quien sólo contó con un par de miles. Y, desde luego, estas muertes se produjeron en los primeros instantes de confusión y muchas provocadas por las pesadas armaduras.

Otro gran número pudo ponerse a salvo y huir. En su mayor parte fueron carros de combate y jinetes que surcaron velozmente las tierras inundadas para dirigirse al norte, sin jefes, en confuso desorden y sabiendo que todo se había perdido, menos sus vidas.

El rey Asur-na-baal y su corte fueron capturados por tropas ligeras que salieron de Ur aquella tarde. La infantería no ofreció resistencia alguna por tener que debatirse con el agua hasta la cintura, en una

extensión enorme de terreno antes seco y ahora invadido por las aguas.

Aquella noche, varios jefes acadios, entre los que estaba Baar-gibi, fueron a rendir sus armas a Kobar, que había instalado su campamento en la ladera de una colina.

Allí, rodeado de sus altos jefes militares, Kobar, soberbio y altivo, aceptó la rendición de todos, preguntándoles sus nombres y la región de la que procedían.

Baar-gibi, sereno y seguro de sí mismo, puesto que podía ofrecer un elevado rescate por su libertad, no ocultó su nombre.

—Soy el jefe Baar-gibi, señor de los khirsos.

—¡Vaya, al fin! —exclamó Kobar, avanzando hacia el fornido sujeto.

Baar-gibi se sorprendió y preguntó:

—¿Me esperabais, señor?

—Desde hace años, miserable cobarde, ladrón y bandolero. Muchas lunas se han deslizado por el cielo desde el día en que mi tribu fue atacada por tus codiciosos hombres. En aquella ocasión, mataste a toda mi familia, te apoderaste del rebaño de mi padre y yo fui vendido como esclavo, siendo un hombre libre de la tribu elamita.

El rostro y las cicatrices de Baar-gibi palidecieron. Trató de ponerse servilmente de rodillas, pero los hombres de la guardia de Kobar, a una orden de éste, le sujetaron.

—Has sido siempre un bandido, Baar-gibi. Harto de robar y saquear en todas partes, has unido tu suerte a la de Asur-na-baal, para conseguir tierras y favores. Has sido derrotado. Tú sabes mejor que nadie el daño que has causado. Por tanto, vas a ser juzgado y condenado por tus delitos.

—¡Piedad, mi señor! ¡Seré vuestro súbdito más fiel, vuestro esclavo, os besaré los pies…!

—¡No, Baar-gibi! Te vamos a llevar a una tienda. Júzgate tú mismo y aplícate el castigo que mereces.

Aquella misma noche, el propio Bar-gibi se dio muerte, hundiéndose una espada en el vientre. Bien sabía él que no merecía otra suerte. Al saberlo, a la mañana siguiente, Kobar se limitó a decir:

—De no haberse matado, habría tenido que trabajar el resto de sus días. Todos los prisioneros habrán de reparar con trabajos forzados el daño que hayan causado. Así lo ha dispuesto el rey Haasch-anni-pad. Cumplido el castigo, volverán libremente a sus tierras.

Asur-na-baal fue juzgado porˆ un tribunal de escribas de Ur. Se le condenó a muerte, pero, por prerrogativa real, le fue conmutada la sentencia por la de encierro a perpetuidad, junto con algunos de sus más allegados.

Jemer-anni-or, por su parte, fue desterrado.

CAPÍTULO X

REGRESO AL INFINITO

Berler-Arspaal dijo que sí a la petición de Bar Kobar.

Por esta razón, una tarde, dos semanas después de la batalla del Éufrates, un pequeño cortejo salió de Ur y se dirigió, en carros ligeros, hacia la colina donde un joven pastor cuidaba el rebaño que antes había pertenecido a Kobar.

En el cortejo iban Bar Kobar, el rey Haasch-anni-pad, la princesa Aisana, Efrim, Jamet-do y el valeroso general Zhoar Ibn, el cual sería pronto jefe supremo de los ejércitos sumerios.

La causa de aquel viaje, sin escolta y casi secreto, era importante. Todos iban a saludar al enviado de los cielos, quien había accedido a ello antes de partir para su mundo.

Primero, la comitiva se encontró con el joven pastor, a quien Kobar saludó cordialmente, llamándole por su nombre:

— Hola, Seim. ¿Cómo te va con las ovejas?

—Muy bien, príncipe. Apuesto a que me quieren más que a ti.

Hasta el solemne rey Haasch-anni-pad sonrió ante la salida del muchacho.

—Dentro de poco tendrás muchas más, Seim. ¿Cuántas te comprometes a cuidar?

—Con la flauta que me ha dado Berler-Arspaal, que las tranquiliza, puedo atender hasta diez veces las que ahora tengo.

—Te las enviaré. ¿Has visto a Berler-Arspaal?

—Sí, Kobar. Me ha dicho que hoy iban a venir personajes importantes a verle. Creo que os está esperando en su barca del cielo.

Seim había sido puesto en lugar de Kobar cuando éste tomó el mando del ejército sumerio. Y, dada la proximidad de Berler-Arspaal, había hecho amistad con él.

La comitiva llegó hasta la barranca. Allí, detuvieron los carros y descendieron. Todos contenían el aliento al asomarse al borde del lugar. Y sus ojos se agrandaron al contemplar la nave del espacio y al ser que estaba de pie cerca de ella, aguardándoles.

Berler-Arspaal agitó su mano enguantada, en señal de saludo.

—Venid por aquí, mi señor —rogó Kobar al rey, llevándole hasta el lugar por donde se descendía a la quebrada con mayor facilidad.

Todos descendieron. El astronauta les salió al encuentro. Y su primer gesto fue el de tender su mano derecha al rey.

—Majestad —habló Berler-Arspaal, en lengua sumeria —, disculpadme si os he hecho venir hasta aquí. Debéis comprender que

no puedo alejarme de mi nave.

—Estás disculpado, Berler-Arspaal. Ha sido un placer venir y me siento muy orgulloso por permitirme saludarte. Te debo mucho.

—No me debéis nada, señor. Todo es obra de Kobar.

El rey miraba con atención la nave metálica. Incluso quiso tocarla, acercándose a uno de los pies telescópicos, mientras los demás permanecían a respetuosa distancia.

—¡Parece increíble! —exclamó Haasch-anni-pad—, ¿puedo verla por dentro?

—Sí, venid. Situaos aquí a mi lado y no temáis nada.

Berler-Arspaal y Haasch-anni-pad subieron a la nave. Lo mismo hicieron a continuación Aisanna y Kobar. El general Zhoar Ibn lo hizo después, temblándole las piernas, acompañado de Efrim. El único que no quiso conocer el interior de aquella maravilla técnica y prefirió quedarse a distancia fue Jamet-do, quien no sabía cómo iba a contar a su esposa, Isas-navana, todo lo que estaba viendo, de tan maravilloso y sobrenatural como le parecía.

En el interior de la nave, Berler-Arspaal explicaba al rey algunas cosas del funcionamiento de cuanto allí había.

—¿Es posible que esto pueda ser cierto?

—Lo es, majestad. Claro que para conseguir esto hemos trabajado incansablemente desde hace siglos, descubriendo los secretos de lo desconocido.

«Ustedes no tendrán que sacrificar tanto tiempo, porque con mi visita y el libro de la sabiduría que entregaré ahora mismo a Kobar, en premio a sus buenos servicios, muchas de las fórmulas más simples ya vienen solucionadas.

«Deben pensar, sin embargo, que el progreso no se logra sin esfuerza ni sacrificio. Será necesario estudiar mucho, dedicar días y años a solucionar las dificultades que encuentren, detectar y conseguir metales importantes y crear hornos, antes de obtener resultados prácticos.

«Y, por supuesto, nada de cuanto se realice debe ser del dominio de unos cuantos, sino de todos. Ése es el primer principio. Hay que enseñar a los niños desde que están en edad de comprender hasta que sean hombres aptos para el trabajo en la especialidad que hayan elegido libremente.

«En toda la tierra ha de haber hermandad, comprensión y justicia. Usted, señor, tiene poder para hacerlo. En todas las ciudades que dependen de su reino, y luego en otras por transmisión cultural, se ha de establecer la enseñanza. No se debe malograr ningún cerebro.

Haasch-anni-pad tenía ciertas dudas, que no vaciló en exponer:

—No estoy muy convencido de que la sabiduría sirva siempre para el bien, Berler-Arspaal.

El aludido sonrió.

—Ahora, en los comienzos, tal vez no. La historia está sembrada de rencillas, odios y disensiones. Pero la humanidad irá siendo día por día más perfecta. De eso pueden estar seguros. No hay un solo ejemplo de lo contrario en todo el universo.

—¿Existen muchos mundos habitados? —preguntó Zhoar Ibn.

—Más que cabellos tienen ustedes en la cabeza. Pero las distancias para llegar a ellos son, más que enormes, insalvables. Y se necesitan técnicas muy especiales y perfectas para poder realizar largos viajes. Hasta no hace mucho, nosotros viajábamos en la dimensión física conocida. De un mundo a otro tardábamos años. Ahora, gracias a técnicas extraluminicas, las distancias se han reducido mucho.

—¿Es cierto que podéis ver y oír lo que está ocurriendo en otros lugares? —se atrevió a preguntar la princesa Aisana.

En vez de contestar, Berler-Arspaal puso en funcionamiento una pantalla cromática de tubos catódicos superpuestos. Y la imagen que apareció les resultó a todos familiar. Era una de las puertas de Ur, por donde entraban y salían las caravanas de mercaderes.

¡Y podían verlo todo con gran nitidez!

—Puedo acercar o distanciar la imagen, según convenga. Si tuviera interés, podría penetrar incluso dentro del cuerpo de una persona, sin que ella lo notase. La aproximación de imágenes sobre un objetivo permiten, por sondas prismáticas, penetrar dentro de la materia.

—¡Es asombroso! —exclamó el rey.

—Esta misma pantalla me permite predecir el futuro, majestad —continuó diciendo Berler-Arspaal—. Se trata únicamente de elegir un objetivo y acelerar su avance físico. Se produce una proyección al futuro de ese objeto y desde aquí se le puede controlar en determinados momentos. ¿Quieren saber dónde estará, por ejemplo, ese mercader del sayal rojo y el turbante azul? ¿Mañana? ¡Véanlo!

El astronauta manejó los mandos de la pantalla. La imagen se aceleró, cambiando rápidamente, hasta quedar de nuevo fija. El mercader, junto a su camello, estaba caminando por el desierto, unido a una caravana.

—¿Es posible así conocer el destino de cualquiera de nosotros? —preguntó Kobar, extrañado.

—Sí, por supuesto. Pero no cometeré el error de hacer ver a nadie su futuro. El tiempo es falaz y engañoso. La vida es preferible vivirla día a día, dedicada al trabajo que nos supera y redime, y no quererla vivir en pocos segundos... ¡No compensa!

A los visitantes les encantó todo cuanto veían y que Berler-Arspaal les mostró con agrado, tratando de hacerles comprender la

razón de su funcionamiento.

Al fin, acercándose el anochecer, llegó el momento de despedirse. El astronauta entregó a todos obsequios de diversa índole, empezando por Kobar, al que dio un libro y una caja metálica, diciéndole:

—Esta caja contiene muestras de minerales que existen en este planeta, y que te he señalado con un nombre. En el texto encontrarás para qué sirven. Estudia ese libro, transmite sus enseñanzas a los que te sigan y lo demás vendrá por sí solo.

Le regaló al rey una grabadora videomagnética, diciéndole:

— Kobar os enseñará, antes de un mes, cómo funciona. Las instrucciones las encontrará en la página cincuenta. Con esto podéis escuchar y ver todo lo que os digan los demás. Y luego, podéis reproducir imágenes y palabras en esa pequeña pantalla.

Para Aisana había un regalo sencillo y práctico. Era un tubo metálico que contenía tres agujas con números.

—Si manejas con sabiduría estas agujas termostáticas, tus hijos nunca estarán enfermos. Apréndete las indicaciones del Libro de la Sabiduría contenidas en la página treinta y seis. Es un tratado de medicina preventiva.

Para Efrim había otro objeto de investigación: un microscopio de suma perfección. Y para Zhoar Ibn hubo un simpático regalo, muy práctico para su trabajo.

—Tú eres general y tendrás que defender las fronteras de tu reino. En esta caja encontrarás un detector singular que saldrá hacia el cielo en cuanto lo dejes libre, y que podrás recoger por medio de un hilo de acero flexible.

»En la página setenta y nueve del Libro de la Sabiduría encontrarás nociones de planimetría.

El detector te dará todos los datos de relieve y distancias que necesites. Podrás hacer mapas del suelo tomados desde puntos situados a considerable altura. Podrás ver lo que hay detrás de las montañas... ¡Ah, pero no lo utilices durante la noche porque no obtendrás ningún resultado!

Berler-Arspaal rió divertidamente y luego acompañó a sus visitantes hacia la salida. Todos descendieron al suelo. La luz artificial se había encendido ya, lo que causó gran espanto a Jamet-do, quien se retiró a prudente distancia.

Cuando bajó de la astronave, Berler-Arspaal añadió:

—Puede que alguna vez vengan mis hermanos. Espero que sean bien recibidos, aunque vuestra ciencia haya progresado. Pero os debo advertir que existen otros seres en las estrellas cuya visita no os causará ningún bien.

—¿Quiénes son esos seres? —preguntó Haasch-anni-pad, inquieto.

—Los enemigos del bien. Y de igual modo que no podéis aún luchar contra mí, tampoco podéis luchar contra ellos, porque su furia es terrible y su poder aniquilador.

»La vida es así: debe haber bien y mal, vida y muerte, luz y sombras. Yo soy la luz. Los seres de que os hablo son la sombra.

El astronauta se despidió con estas palabras. Los visitantes se retiraron hacia la colina y desde allí, poco después, vieron elevarse la nave en el aire, silenciosamente. Luego, siempre sin ruido, se alejó despacio, para emprender después raudo e ígneo vuelo, ahora sí con gran estruendo, hasta que desapareció en la oscuridad de la noche.

* * *

Bar Kobar se casó con la princesa Aisana y partieron juntos hacia Susa, con una nutrida comitiva. Iba a gobernar aquella ciudad, que habría de ser cuna de la ciencia con el correr del tiempo. Efrim iba con ellos, así como soldados y mercaderes, porque Kobar tenía pensado engrandecer la ciudad y establecer en ella centros de enseñanza superior.

Ya en Susa, el gobernador militar, salió a recibirles, entregándoles las llaves de la ciudad. Aquel gobernador era el general Mushali, que partió de Ur al poco de concluir la gran batalla del Éufrates, con órdenes de someter a todas las tribus sediciosas, cuyos jefes formaban ahora una nutrida representación para dar la bienvenida a los príncipes.

Bar Kobar habló con todos ellos y les dijo:

— Yo no soy un usurpador ni un advenedizo. Nací en estas tierras y soy elemita, como muchos de vosotros. Por tanto, podéis considerarme no un jefe, sino un hermano o un amigo. Compartiré vuestras penas y vuestras alegrías. Pero como jefe político, castigaré al que infrinja las leyes que votaréis vosotros mismos, y por tanto seréis los primeros en respetar, y premiaré la lealtad al rey de Sumeria.

Pronto convocó Kobar asamblea general, la cual presidió junto a su joven esposa. Oyó a todos los que asistieron a la reunión y les facultó para que establecieran las leyes adecuadas.

Primero, se acordó y se aprobó, que todos los propietarios de esclavos debían dar la libertad a éstos. Si los libertos querían quedarse a trabajar con sus señores, debía ser a condición de recibir un salario justo por su trabajo.

El salario fue establecido en una moneda convencional, creada por el tesorero real de Ur, y que se llamó «aes», cuyo valor era idéntico a las necesidades de alimentación, albergue, calzado y ropa

de un hombre durante cada día.

Naturalmente, este gran cambio trajo consigo modificaciones en la economía de los pueblos, pero Kobar fue inflexible en aquello.

— Cada uno de nosotros tiene derecho a percibir un «aes» diario, mientras viva. Quien obtenga más, mejor para él. Quien obtenga menos, que acuda a los magistrados y se le hará justicia, porque no espere nadie que, tendido al sol toda la jornada, pueda percibir su salario. Hay que trabajar durante el día y descansar por la noche. El cuerpo necesita alimentación adecuada para vivir. Y el que se beneficie del trabajo de otro debe cuidar esa alimentación de sus empleados.

Fue un principio confuso. Pero los magistrados, elegidos entre los escribas reales, supieron hacer justicia. Y cuando el caso era complicado o difícil, recurrían al propio príncipe, exponiéndole el caso. El fallo de Kobar era siempre inapelable.

El propio estado absorbió todo el trabajo de la reforma de las ciudades. Se demolieron construcciones y se alzaron otras nuevas, de acuerdo con los cálculos y las enseñanzas recibidas del libro de la sabiduría, donde habían capítulos de geometría y arquitectura.

Kobar trazó planos sobre hojas de papiro y explicó a los arquitectos cómo habían de ser las nuevas casas.

Pronto acudieron gentes de las aldeas, atraídas por las increíbles noticias. En Susa se pagaban sueldos estupendos, se trabajaba para el estado, se compraba ganado a justo precio, se vendía con equidad. Y la ciudad creció pronto, formándose en sus cercanías un abigarrado campamento de tiendas, donde se albergaban provisionalmente todos los campesinos y pastores.

Kobar y Aisana crearon grandes edificios para escuelas y hospitales, donde se enseñaba gratuitamente y se curaban las heridas y las enfermedades. Llegaban niños que jamás habían visto una tablilla o un punzón, y aprendían a trazar los símbolos sagrados. Además, recibían alimentación gratis. Por la tarde, podían volver con sus familiares a sus hogares.

A una de aquellas escuelas públicas, como un alumno más, asistió el hijo de Kobar y Aisana cuando tuvo la edad suficiente. Los hijos de los campesinos jugaron con el pequeño príncipe y aprendieron a conocerle.

La ciudad crecía y crecía. Y ya no eran sólo elamitas de la región sino tribus enteras de otras razas que venían del desierto. Todos eran acogidos en los grandes refugios instalados a las afueras de la población, inscritos en el censo y aguardaron a que se les asignase vivienda.

Susa, que no había tenido más de diez mil habitantes, pasó pronto de los cien mil y a los seis años tenía medio millón. Las murallas

habían desaparecido, engullidas por el rápido crecimiento. Las calles eran limpias, había alumbrado eléctrico en sus principales arterias durante la noche, y los edificios públicos eran amplios, fuertes, majestuosos.

Allí nació la primera universidad o centro de enseñanza superior de las ciencias, donde se graduaron sabios que habían de dar gloria y esplendor al país. La astronomía adquirió un gran impulso. Era el estudio favorito de los dioses — ¡porque dioses serían siempre para el pueblo los seres venidos de las estrellas! —, así como las artes plásticas y las matemáticas.

Kobar fue envejeciendo a medida que crecía su ciudad. Y día triste para él fue cuando el sabio Efrim se despidió, para emprender viaje hacia las tierras donde se ocultaba el sol, a Macedonia, donde le dijo Berler-Arspaal que su descendencia sería vastísima.

Los dos antiguos amigos se abrazaron, llorando.

Ambos contemplaron luego la gran ciudad, y Kobar dijo:

— Tienes que construir una ciudad como ésta, Efrim. Enseñarás todo lo que Memos aprendido juntos y nuestros pueblos se unirán algún día, como hermanos.

—Sí, Kobar. Ése es nuestro destino.

Sin embargo, el destino de todos ellos estaba marcado por la historia. Sumer sucumbiría con los años. Vendrían nuevas guerras, nuevos desastres. Desaparecerían las ciencias y las conquistas hechas a la naturaleza. Los sabios tuvieron que huir y ocultarse, con su ciencia, porque hordas salvajes e incontroladas llegaron del norte y lo asolaron todo.

Surgieron nuevos reyes, otros caciques, se impusieron distintas leyes. Y lo que inició Kobar se perdió al cabo de algunos siglos, volviendo los pueblos a la ignorancia y a la barbarie.

Otros focos de civilización surgieron en distintos lugares… Egipto, Grecia, Roma. Los nombres de los dioses se confundieron con los de los hombres, se crearon mitos y leyendas, unas basadas en hechos reales y otras en fantasías populares.

La historia continuó durante siglos…

Esa historia que ahora desentierran los arqueólogos de todo el mundo, encontrándose con sorpresas increíbles, como las pilas eléctricas de Sumer, Ur, Nínive y Uruk. Tablillas cuyo significado todavía no ha podido ser descifrado, escritas en lenguas desconocidas, que, seguramente, contienen mensajes del pasado.

La historia está en el subsuelo, enterrada por el tiempo, bajo los estratos de polvo y sangre, y tal vez, seguramente, no será como la historia de Bar Kobar y sus amigos. Pero ¿por qué no pudo haber sido así, si tantas pruebas lo atestiguan?

Las traducciones modernas del «gilgamés» babilónico, incluso la

Biblia, y las leyendas centro americanas y suramericanas, así como el «Rig-veda» hindú y los jeroglíficos egipcios, nos hablan de seres alados, pájaros de fuego, tonantes, «vimanas», que significa «carrozas aladas», Ícaro, Faetón, Zeus, incluso Marte, el dios de la guerra, representado con alas en los pies.

¿Y qué hay de los fabulosos y míticos señores de la Atlántida? ¿No será posible, como predicen algunos extraordinarios videntes, hallar bajo las pirámides de Gizeh el secreto de esa raza desaparecida tan misteriosamente, y cuyos únicos supervivientes parecen ser los guanches trogloditas que el navegante Juan de Bethencourt descubrió, en 1402, en las que ahora se conocen como Islas Canarias?

¡Cuántas respuestas hay ocultas aún bajo el suelo!

La historia de Bar Kobar, puramente imaginaria, podría ser una de ellas, relacionadas con los misterios de Sumeria.

¿Por qué los «dioses» no pudieron ser astronautas?

FIN

BOLSILIBROS TORAY




TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.


HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.

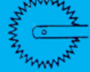

RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicacion quincenal. 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.